EL MUNDO ILUSTRADO

Cuaderno 10.

1879.

BIBLIOTECA DE LAS FAMILIAS.

HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

HAD-EL-GARBIA.

(CONCLUSION).

III.

Aumenta la escolta. — La mona. — Quien era Selam. — Aspecto del campamento. — Mahomed Ducali. — Excursion nocturna: Aventuras: Bocetos: Apuntes.

Pusímonos de nuevo en camino, y al cabo de una hora vimos destacarse sobre el horizonte las blancas tiendas del campamento

De repente salió á nuestro encuentro, sin saber cómo ni de dónde, gritando, disparando sus espingardas y ¡á todo el correr de sus caballos, un grupo de jinetes que se detuvieron á diez pasos de nosotros: su jefe estrechó afectuosamente la mano al embajador, y despues se agregaron á la escolta. Procedian de la aldea donde se hallaban levantadas nuestras tiendas, soldados de una especie de *landwehr*, que constituye la porcion más importante del ejército marroquí (si es que merece el nombre de ejército el conjunto de las fuerzas militares de Marruecos), y está compuesta de todos los hombres aptos para el manejo de las armas, de diez y seis á sesenta años. Habíalos que usaban turbante, otros llevaban ceñida la cabeza con un pañizuelo rojo y todos vestian caftan blanco.

Cuando llegamos á la etapa levantábanse las últimas tiendas.

El campamento se hallaba dispuesto sobre un terreno árido y sinuoso: á un lado, á lo léjos, distinguíase una cadena de azuladas montañas; por el opuesto cerraba la llanura una série de colinas cubiertas de vegetacion. Á cosa de media milla del sitio en que se levantaban las tiendas veíanse dos grupos de chozas de bálago medio escondidas entre chumberas.

La mona.

Reunímonos todos en una misma tienda, y no bien

© Biblioteca Nacional de España

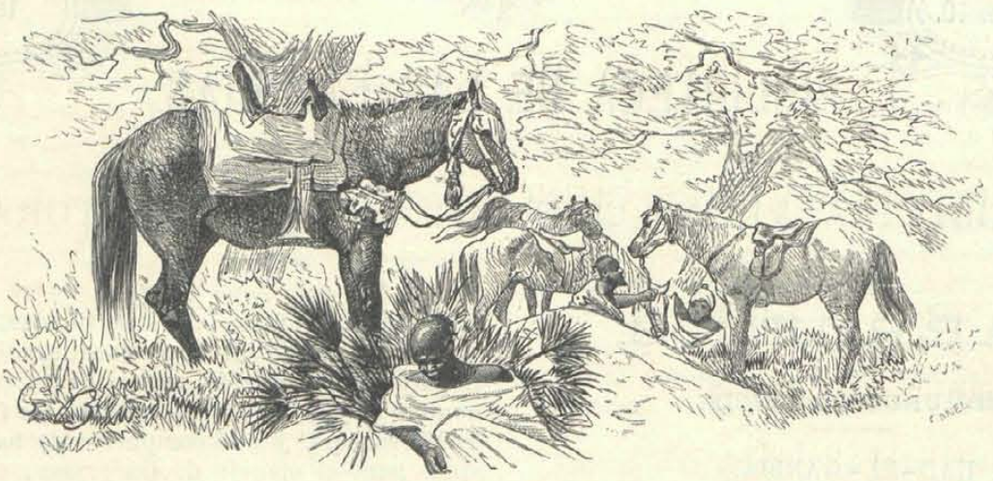
habíamos tomado asiento dentro de ella, llegó corriendo un soldado de la Legacion que, plantándose delante del embajador, anunciólo con regocijada voz que traian la *mona*.

—Venga, contestó aquel incorporándose.

Todos le imitamos.

Una larga fila de árabes, acompañados del comandante de la escolta, de los soldados de la Legacion y de los siervos, atravesó el campamento, formándose delante de nuestra tienda, y depuso á los piés del embajador una gran cantidad de carbon, huevos, azúcar, manteca, candelas, pan, tres docenas de gallinas y ocho carneros.

Á este tributo se le da el nombre de *mona*. Además de las pesadas gabelas que pagan en dinero los habitantes del campo, tienen la obligacion de proporcionar á los personajes oficiales, á los soldados del Sultan y á las embajadas que pasan, cierta cantidad de víveres y provisiones. El gobierno determina la cantidad; pero la autoridad local, tasando á su arbitrio lo que corresponde á cada habitante, logra que lo recibido, siquiera superior á las necesidades, no sea más que una mínima parte de lo que se exigió un mes ántes, ó será exigido probablemente un mes despues de la presentacion.



El alto. — (Véase la página 261).

Un anciano, que debia ser jefe de alguna tribu, dirigió, valiéndose del intérprete, algunas palabras lisonjeras al embajador, en tanto que sus compañeros, pobres campesinos vestidos de andrajos, dirigian alternativamente sus miradas á nuestras personas, á las tiendas, á sus presentes, fruto del sudor con que regaron el suelo, con aire entre triste y sorprendido, que revelaba la más profunda resignacion.

Hecho brevemente el reparto de la ofrenda entre el personal de la embajada, la escolta, los muleteros y los soldados de la Legacion, el señor Morteo, que habia sido nombrado aquella misma mañana intendente general del campamento, entregó una propina al anciano, que hizo una seña á sus acompañantes y todos juntos emprendieron de nuevo y silenciosamente el camino de sus chozas.

Entónces comenzó, como debia despues acontecer todos los dias, una gran baraunda entre siervos muleteros y soldados para la distribucion y reparto de la *mona*, dando con ello lugar á una escena animadísima. Dos ó tres de ellos recorrian el campamento con precipitados pasos, llevando un carnero en brazos invocando á Alá y al embajador; otros pedian su racion sacudiendo puñetazos en el suelo; Civo sacudia á uno y otro lado su holgada camisa blanca, persuadido de que estaba profundamente terrible; los carneros balaban, cacareaban las gallinas, ladraban los perros, y todo fueron gritos y confusion hasta que, poniéndose de nuevo en pié el embajador, restablecióse el silencio.

El único que continuó murmurando un rato fué Selam.

Era Selam un personaje de importancia. Habia en la Legacion dos soldados de este nombre, destinados ambos al servicio particular del embajador; mas así como diciendo Napoleon á secas, se entiende siempre Napoleon I, del mismo modo entre nosotros, durante el viaje, cuando hablábamos de Selam, sin añadir otra cosa, nos referíamos á aquel de quien estoy hablando. Paréceme que le veo. Él, Mahomed el novio de Tánger, de quien tengo hecha oportuna mencion, y el Emperador, son para mí las tres personas que más simpáticas se me hicieron en Marruecos. Selam era un jóven de todas prendas, fuerte, de elevada estatura y de gran penetracion. Comprendia inmediatamente cuanto se le indicaba, obraba con rapidez, caminaba de prisa, hablaba mesuradamente y estaba en movimiento de la mañana á la noche: era la misma actividad. Los bagajeros, los encargados de las tiendas, los de la cocina, los muleteros, en una palabra, todos y para todo se dirigian á él: todo lo sabia y de todo daba razon. Hablaba medianamente el español y se le alcanzaba algo del italiano; mas aun cuando se hubiese expresado en árabe, habríase dado á entender: tan pintoresca y expresiva era su mímica. Para expresar una colina tomaba el ademan de un jefe fogoso que indicara á su regimiento la necesidad de asaltar una batería. Si queria reprochar á un criado por su torpeza, echábasele encima cual si hubiese tratado de anonadarle. En cuanto le veia, se me venia á la memoria el recuerdo de Tomás Salvini, desempeñando el *Otelo* ó el *Orosman*. Fuera la que se quisiera la actitud bajo la cual se presentaba, lo mismo cuando vertia el agua fria sobre la espalda del embajador, que cuando, formando una sola pieza montado en su brioso caballo castaño, pasaba á nuestro lado á galope, siempre ofrecia una figura bella, elegante y decidida. Los pintores no se cansaban de contemplarlo. Vestia caftan escarlata y pantalon azul y se le reconocia de un extremo á otro de la caravana. En el campamento no se oia pronunciar más nombre que el suyo. Iba de una tienda á otra, bromeaba con nosotros, gruñia á los criados, daba y recibia órdenes, se disputaba, encolerizábase y prorumpia en sonoras carcajadas: cuando estaba encolerizado parecia un salvaje, cuando reia semejaba un niño. No se le caia de la boca *el señor ministro*. Para él el señor ministro venia inmediatamente despues de Alá y su Profeta. Diez fusiles apuntando á su pecho no habrian logrado hacerle palidecer; pero una repulsa del señor ministro habria sido bastante á hacerle llorar. Contaba veinte y cinco años.

En cuanto hubo concluido de murmurar, fué á abrir una caja muy cerca del sitio en que me hallaba. Al tiempo de bajarse cayósele el fez, y descubrí sobre su rasurada cabeza una gran mancha de sangre. Preguntéle de qué procedia, y me contestó que se habia herido con uno de los grandes panes de azúcar de la *mona*. «Hélo lanzado al aire, me dijo con la mayor naturalidad, y lo he recibido sobre la cabeza.» No le comprendí y se explicó. «Lo hago, dijo, para fortalecerme la testa: la

© Biblioteca Nacional de España

primera vez caí en tierra desvanecido; mas al presente apénas si me salen algunas gotas de sangre: llegará un tiempo en que ni tan sólo se me hará en la piel el más insignificante rasguño. Todos los árabes hacen otro tanto. Mi padre partia en la cabeza ladrillos de dos dedos de grueso con la misma facilidad con que rompo yo un pedazo de pan. Un verdadero árabe (concluyó con aire satisfecho y sacudiéndose un puñetazo en el cogote) debe tener la cabeza de hierro.»

Aquella noche presentaba el campamento un aspecto completamente distinto del que ofrecia la noche anterior. Cada cual habia ya tomado sus costumbres: los pintores, levantado el caballete delante de la tienda, pintaban á más y mejor: el capitan se habia dirigido á estudiar el terreno: el vice-cónsul á cazar insectos: el ex-ministro de España á matar perdices: el embajador y el comandante jugaban al ajedrez debajo de la tienda del comedor; los criados se saltaban el uno encima del otro apoyando las manos en las espaldas de aquel por encima del cual saltaban: los soldados de la escolta hablaban sentados en círculo: quien paseaba, quien leia, quien estaba escribiendo: no parecia sino que llevábamos un mes de campamento en aquel sitio. Si hubiese habido una pequeña imprenta, habria intentado fundar un *periódico*.

Su jefe estrechó afectuosamente la mano al embajador... (Véase la página 289).

El tiempo era hermosísimo. Comimos con las tiendas abiertas, y miéntras duró la comida los jinetes de Had-el-Garbia festejaron á la embajada con estrepitosas descargas iluminadas por los rayos de una hermosa puesta de sol.

Sentábase á mi lado en la mesa Mohamed Ducali, y aproveché la ocasion que se me ofrecia para observarlo atentamente. Era el tipo perfecto del moro rico, muelle, elegante, obsequioso, y digo rico, porque segun se aseguraba era dueño de treinta casas en Tánger, siquiera por aquel tiempo sus negocios estuviesen un tanto embrollados. Podia tener como cuarenta años. Era de estatura elevada, de regulares facciones, blanco y con grandes barbas: lucia un pequeño turbante y un jaique del más fino tejido de Fez que le caia sobre un caftan de color de amaranto bordado: sonreia para poner de manifiesto sus hermosos dientes; hablaba el español con voz afeminada, y miraba, se atusaba la barba y gesticulaba con la languidez propia de un enamorado. En otro tiempo habíase dedicado al comercio y habia estado en Italia, en España, en Lóndres y en Paris, habiendo regresado á Marruecos con ideas y costumbres europeas. Bebia vino, fumaba cigarrillos, usaba pantalon, leia novelas y referia sus aventuras amorosas. El motivo principal que lo llevaba á Fez era la realizacion de un crédito que tenia contra el gobierno, para lo cual contaba con los buenos oficios del embajador. La tienda, los criados y las mulas que traia le pertenecian: sus ojos revelaban que, á haber podido habríase traido igualmente sus mujeres; mas, relativamente á este asunto guardaba el más riguroso silencio. Las mujeres, á las cuales se referia al contar sus aventuras amorosas, eran europeas. El harem era para él una cosa sagrada. Arriesgué, con palabras cubiertas, una pregunta: miróme, sonrió púdicamente; pero no me contestó palabra.

Despues de comer puse por obra un deseo que venia acariciando desde que salimos de Tánger: una excursion nocturna por el campamento.

Puedo asegurar que con ello me proporcioné una de las más gratas diversiones que tuve durante el viaje.

Aguardé á que cada mochuelo estuviese en su olivo, envolvíme en una capa blanca del comandante, y lancéme fuera de la tienda en busca de aventuras.

El cielo estaba completamente tachonado de brillantes estrellas: los faroles, excepcion hecha del izado en el tope del asta bandera, habíanse extinguido: en el campamento reinaba el silencio más profundo.

Pasito á paso y evitando tropezarme con los amarres de las tiendas, torcí á la izquierda mano.

No habia dado diez cuando llegó á mis oidos un rumor inesperado. Me detuve: no cabia duda, era el melodioso son de una guitarra. Procedia de una tienda cerrada que no habia visto hasta entónces, situada entre la del embajador y la nuestra, unos treinta pasos más allá del círculo del campamento. Acerquéme y presté atencion. La guitarra acompañaba una voz suave y delicada que entonaba una cancion árabe de indefinible melancolía. ¿Á quién pertenecia aquella tienda misteriosa? ¿Hallaríase en ella una mujer? Dí una vuelta en derredor de ella, mas sin conseguir cosa alguna, pues estaba herméticamente cerrada. Tendíme en el suelo para escudriñar por debajo: al inclinarme hube de toser y el canto cesó instantáneamente, al paso que una voz delicada sonó muy cerca de mi oido, diciendo: *¿Quién es?* Protéjame Alá, dije para mí, es una mujer. Y luego levantando la voz añadí: «un curioso,» procurando comunicar á mi acento la inflexion más patética que pude... Contestó á mis palabras una sonora carcajada, y una voz masculina dijo en español: «¡Bravo! Se le invita á tomar una taza de té.» Era la voz de Mohamed Ducali. ¡Oh desencanto! Pero no tuve por qué arrepentirme. Abrióse una portezuela y me encontré en el interior de una tienda bellísima,

© Biblioteca Nacional de España

revestida de una rica estofa sembrada de flores, adornada de ventanillas de arco de herradura, iluminada por una linterna morisca, perfumada con benjuí, digna en todos conceptos de hospedar á la más bella odalisca del Sultan. Al lado de Ducali, voluptuosamente echado sobre una alfombra de Rabat y con la cabeza apoyada en un soberbio cojin, hallábase sentado un criado del mismo, arrogante mancebo de aspecto gentil y fantaseador, que tenia entre las manos una *guitarra primorosamente* labrada. Era él el que habia cantado. En medio veíase una azafata con un hermoso servicio de té, y en uno de los lados un pebete del cual se escapaban azuladas nubes de perfumado humo. Expliquéle á Ducali de qué manera habia llegado hasta su tienda, celebrólo, sirvióme una taza, hizo que el criado tañera una cancioncilla, deseóme buen viaje y salí. Cerróse de nuevo la tienda y volvíme á encontrar en medio de la oscuridad del campamento. Dí la vuelta á otra en cuyo interior dormian los

Selam.

demás servidores de Ducali, y torcí hácia la del embajador.

Delante de la puerta dormia Selam, echado sobre su capa azul, con la gumia empuñada (1). Si le despierto y no me reconoce, pensé, me decapita. Seamos prudentes. Acerquéme de puntillas é introduje la cabeza en el interior de la tienda. Ésta se hallaba dividida en dos partes, por medio de una riquísima cortina: la una servia de sala de recepcion, y en ella se veia un velador con tapete, papel, tintero, y algunos sillones dorados: en la otra dormian el embajador y su amigo el ex-ministro de España. Antojóseme dejar sobre la mesa una tarjeta que anunciara mi visita; pero desistí de mi intento al oir un gruñido sordo y amenazador. Era la señora Diana, la perra del embajador. Casi en el mismo punto la voz del amo preguntó:—¿Quién vá?

—¡Un asesino! contesté.

—Hiera, dijo, habiendo inmediatamente reconocido mi voz.

(1) Véase el grabado de la página 230.

Díle cuenta del motivo de mi visita, hízole gracia, y estrechándome la mano en la oscuridad, me deseó próspera fortuna.

Al salir me tropecé con un objeto que me alarmó: encendí un fósforo: era una tortuga. Miré en derredor y

M. Vincent.

distinguí á dos pasos un sapo enorme que parecia que me estuviese mirando. Por un instante tuve el intento de renunciar á mi empresa; mas, quién dijo miedo, pensé, y la curiosidad pudo más que el temor.

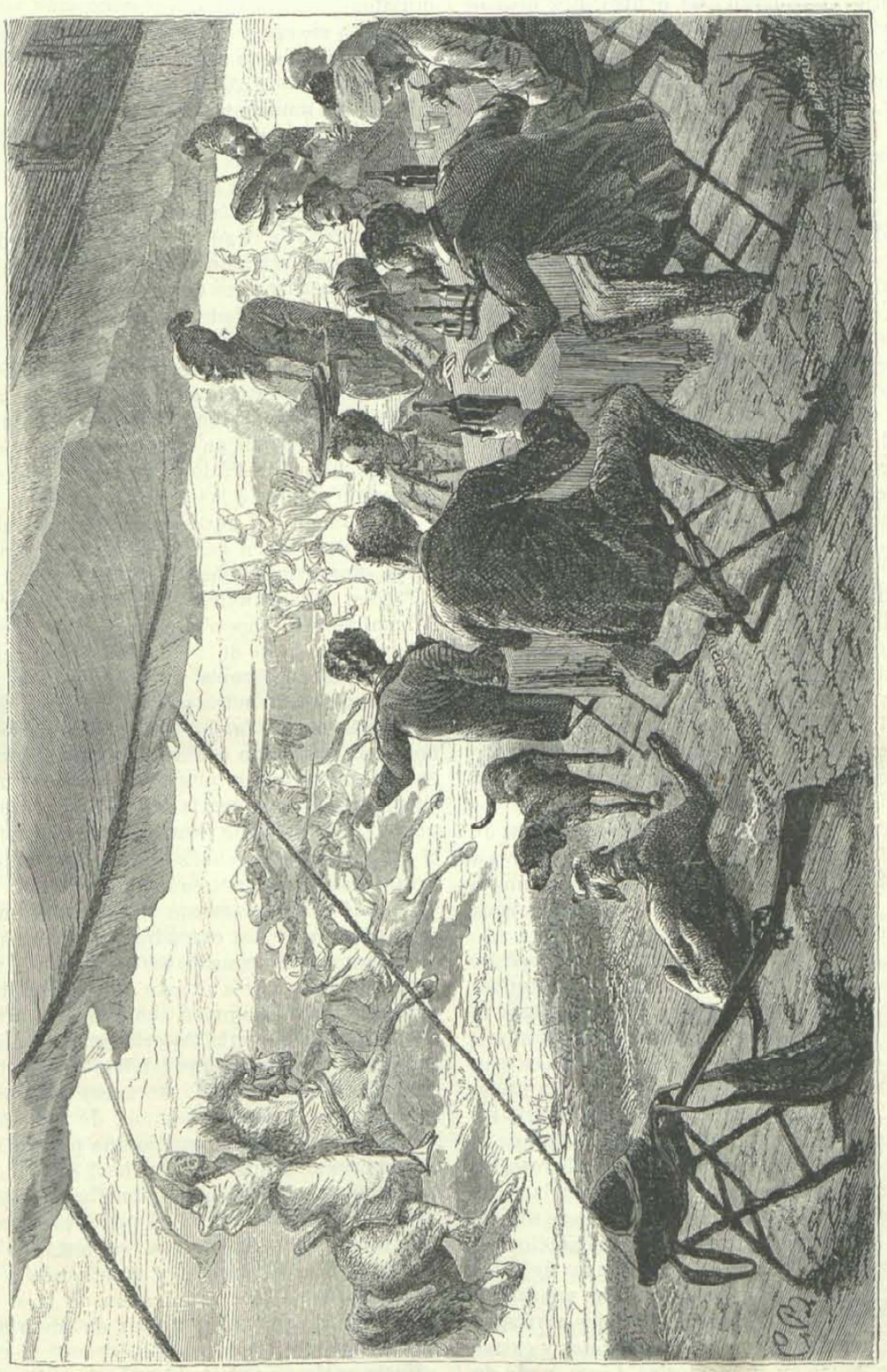
Mohamed Ducali.

Llegué en este punto á la morada del intendente. En tanto que me inclinaba para escuchar, alzóse entre la puerta y yo una figura alta y blanca que con acento sepulcral me dijo: «Duerme.» Retrocedí cual si me hallara ante un fantasma; mas en seguida volví de mi

© Biblioteca Nacional de España

estupor. Era un antiguo criado árabe de Morteo, que chapurraba el italiano y que, no obstante mi capa blanca, habíame conocido en cuanto me presenté. Como Selam, descansaba delante de la tienda de su señor con la gumia al lado. Díle las buenas noches y seguí mi camino.

En la tienda próxima se hospedaban el médico y Salomon el dragoman. Un olor á medicina por demás pronunciado, lo revelaba á diez pasos de distancia. La luz ardia: dormia el dragoman, y el médico estaba leyendo junto al velador. Este médico, jóven, docto, y de aspecto y maneras distinguidas, tenia una particularidad por demás curiosa. Nacido en Argel, de familia francesa, habiendo vivido muchos años en Italia y casádose con una señora española, no sólo hablaba cual si fuesen el suyo propio los tres idiomas, sino que su carácter participaba de los de dichos pueblos; las tres naciones le inspiraban el amor de patria y era en resolucion un latino uno y trino, que así se habria considerado en su casa en Roma, como en Madrid ó en Paris. Además de lo dicho hallábase dotado de un elevadísimo talento cómico, de manera que sin pronunciar una sola palabra, sin que nadie lo notara, con una mirada furtiva, con un ligerísimo fruncimiento de labios, ponia de manifiesto el lado ridículo de personas ó cosas en términos de hacer desternillar de risa. En cuanto me vió, comprendió el motivo de mi presencia en aquel sitio y á aquella hora, ofrecióme un sorbo de licor y levantando la copa, dijo á media voz: «Al feliz éxito de la expedicion.» «Con la ayuda de Alá,» contesté, y dejéle entregado á sus lecturas.



La comida.

Pasé delante de la tienda comedor: estaba desierta. Torcí á la izquierda, salí del círculo del campamento, pasé por entre dos largas filas de caballos adormecidos, y encontréme en medio de las tiendas de la escolta. Apliqué el oido y percibí la respiracion de los soldados que dormian. Delante de aquellas veíanse desparramados en desórden, espingardas, gumias, sillas, fajas, puñales, jaiques y el estandarte de Mahoma, como en un campo de batalla. Dirigí la mirada hácia el campo: no se veia cosa alguna. Apénas aparecian como dos manchas negras é informes los dos grupos de cabañas.

Volví atrás, pasé entre la tienda del cónsul de América y la de sus criados, ambas cerradas y silenciosas: atravesé el reducido espacio en que se hallaba establecida la cocina, y salvada una pequeña barricada de barriles, botellas, pucheros y cacerolas, llegué á la reducida tienda del cocinero.

Dormian en la misma los dos árabes que desempeñaban el oficio de marmitones.

Metí la cabeza dentro: estaba á oscuras. Llamé al cocinero por su nombre: —*¡Gioanin!*

El pobrecillo, afligido por el mal éxito de un frito, y temeroso tal vez por la vecindad de los dos «salvajes,» estaba despierto.

© Biblioteca Nacional de España

—*A l' è chiel?* (¿Es usted?) preguntó.

—Soy yo.

Pasáronse unos instantes sin que dijera palabra, al cabo de los cuales volvióse en la cama del otro lado, exclamando:

—¡Oh que país!

—Ánimo, le dije; considerad que dentro diez dias os hallareis ante los muros de la gran ciudad de Fez.

No sé qué contestó confusamente, pues sólo pude comprender la palabra *Moncalieri*, despues de lo cual respeté su dolor, y seguí adelante.

En la tienda inmediata alojaban los dos marineros: Ranni, ordenanza del comandante, y Luis, el calafate del *Dora*, napolitano, muchacho despierto, activo, simpático, que en dos dias se habia conquistado el afecto de todos. Tenian encendida la luz y estaban comiendo. Aguzando el oido, pude coger al vuelo algunas palabras de su diálogo, que era por cierto interesante. Luis preguntaba á quien estaban destinados los bocetos al lápiz que trazaban los dibujantes en sus álbums. «Para quien han de ser, contestaba el otro, para el rey. Esto es claro como la luz del sol.» «¿Pero así, sin pintar?» «Hombre, no; en cuanto estén de vuelta á Italia, pondrán en ellos los colores correspondientes, y luego los enviarán á su destino.» «¿Se los pagarán mucho, eh?» «¡Figúrate! Lo ménos, un escudo el pliego. Ya ves, un rey no ha de escatimar el precio.» Temiendo ser descubierto y que se me considerase sospechoso de espionaje, renuncié, á pesar mio, á seguir escuchando la continuacion de la conferencia, y alejéme de puntillas.

Volví á salir del campamento, y durante algunos minutos dí vueltas entre largas hileras de mulos y caballos, reconociendo entre aquellos, no sin emocion, mi blanca compañera de viaje, absorta al parecer en profundas meditaciones. Al cabo de un rato encontréme delante de la tienda de M. Vincent, francés domiciliado en Tánger; uno de esos personajes misteriosos que han dado la vuelta al mundo entero, que hablan todos los idiomas, y que cocineros hoy, comerciantes mañana, un dia cazadores, otro intérpretes, el de más allá lectores y descubridores de inscripciones antiguas, acomódanse á todos los oficios, sirviendo, como suele decirse, lo mismo para un barrido que para un estrado. Agregóse con tienda y caballo á la embajada italiana, con el propósito de vender al gobierno de Fez, como nuevos, los uniformes franceses de desecho comprados en Argel. Espié al través de uno de los respiraderos. Hallábase sentado en un taburete con aire meditabundo, y se alumbraba con una bujía á la cual servia de candelero una botella vacía. ¡Extraña figura! Su aspecto me trajo á la memoria los viejos alquimistas que se ven en algunos cuadros de la escuela holandesa, que en el fondo de sus laboratorios meditan, á la luz de las hornillas en que se hallan sus retortas. Alto, flaco, avellanado, parecia que cada una de las peripecias de su existencia tenia su representacion en una de las arrugas de su rostro ó en uno de los ángulos de su cuerpo. ¡Quién sabe en lo que estaba pensando! ¡Quién sabe el revoltijo de recuerdos de viajes arriesgados, peligrosos encuentros, empresas atrevidas y extraños personajes revolvia en su memoria! Acaso nada de esto le ocupaba, y pensaba únicamente en el precio que exigiria por un par de pantalones *turcos*, ó en lo menguado de su provision de tabaco. En el preciso momento en que iba á dirigirle la palabra, mató la luz de un soplo, y como un mago, desapareció en la oscuridad.

A pocos pasos de distancia hallábase la tienda del jefe de la escolta; junto á ésta la de su primer oficial, y algo más léjos la del capitan de los jinetes de Had-el-Garbia. Las dos últimas estaban cerradas, la primera abierta y vacía.

En tanto que miraba dentro, sentí detrás de mí pasos recatados y en el instante en que iba á volver la cabeza, una mano robusta que me cogió por uno de los brazos. Al volverme encontréme con el rostro del general mulato.

Apénas me conoció retiró la mano soltando una carcajada y diciendo en tono de escusa:—*Salamu alikum, salamu alikum.* (Andad en paz, andad en paz).

Habíame tomado por un ladron.

Estrechéle la mano en señal de gratitud y seguí mi camino.

Pocos pasos habia andado, cuando me pareció ver á cierta distancia de las tiendas un hombre envuelto en su capa, sentado en el suelo, con la espingarda en la mano. Presumí que seria un centinela. Miré en derredor, y en efecto, á cosa de unos cincuenta pasos, distinguí otro y luego otro: un verdadero cordon de centinelas colocado en derredor del campamento.

Supe luego que tan exquisita vigilancia no tenia por objeto poner aquel á cubierto de la acometida de una banda de foragidos, sino de los amigos de lo ajeno que abundan por demás en aquellos lugares, siendo águilas en el oficio, merced á lo mucho que lo practican hurtando cuanto pueden á las tribus errantes.

Por fortuna mi resuelto continente no infundió la menor sospecha en centinela alguno y pude terminar mi ya larga excursion.

Pasé al lado de Malek y Saladino, dos briosos caballos del embajador, tropecéme con alguna nueva tortuga, y me detuve delante de la tienda de la gente de á pié. Estaban echados sobre un poco de paja, sin cobertor alguno, todos revueltos y enmarañados; pero durmiendo con sueño tan profundo, que no se sentia el más pequeño rumor: parecian cadáveres amontonados. El muchacho de grandes ojos negros, por lo mismo que era el más jóven, dormia con la mitad del cuerpo fuera de la tienda, de suerte que estuvo en un tris como no le puse el pié encima de la cabeza. Dióme lástima, quise prepararle una alegría para cuando despertase al amanecer, y coloqué cuidadosamente una moneda en la palma de su mano que tenia extendida sobre la hierba, cual si solicitara una limosna de los genios de la noche.

Un rumor de voces alegres que partia de una tienda vecina llamó mi atencion hácia dicho punto. Acerquéme á aquella. Ocupábanla los criados y los soldados de la embajada. Parecióme que estaban comiendo y bebiendo. Percibí el olor del kif. Reconocí las voces de Selam segundo, de Abd-el-Rhaman, de Alí, de Hamet, de Mammu, de Civo: era aquello una pequeña orgía árabe en toda regla. ¡Pobres muchachos! bien merecido se tenian el pobre regodeo que se tomaban, despues de un dia entero de fatiga, corriendo á pié, á caballo, de aquí para allá, á las tiendas, á la mesa, contestando á todo y sirviendo á todo el mundo y atendiendo á cien órdenes distintas que se les comunicaban en cien idiomas diferentes. No quise, pues, turbar su alegría, y me alejé cautelosamente.

Hasta entónces todo habia ido á pedir de boca, mas estaba escrito que no habia de terminar la excursion sin un accidente desagradable.

No me habia apartado veinte pasos de la tienda de los soldados, cuando me sentí cogido por dos manos vigorosas que me apretaban la garganta, al paso que una voz apagada proferia á mi oido una amenaza terrible. Desenvolvíme como mejor pude, y al volverme, encontréme...

Con el autor de la *Expulsion del duque de Aténas*.

© Biblioteca Nacional de España

con mi buen amigo Ussi, que envuelto como un fantasma en su luenga *chilaba* blanca, traida de Egipto, habia salido de su tienda hacia un rato para dar como yo un paseo nocturno, y como tomara direccion opuesta, habíame cogido por la espalda.

En aquel instante me hallaba delante de la tienda de los pintores, que terminaba el círculo del campamento: mi viaje, ronda, excursion ó como quiera llamarse, quedaba terminada, y penetré de nuevo en mi casita de lienzo.

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuará).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO III.

LA MÚSICA BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HIGIENE Y LA MEDICINA.

(CONCLUSION).

Es evidente que el artista, al entregarse á la inspiracion puede prescindir de especializar esas influencias, pero no pasa lo mismo con el hombre de arte que trata de aplicarlas al alivio ó curacion de los enfermos. En tales casos, esa especializacion adquiere gran importancia, por cuanto es la base en que debe descansar toda práctica.

Una persona, por ejemplo, sufre un desórden, en virtud del cual predomina de un modo exagerado la accion de ciertos nervios exclusivamente; en este caso podria utilizarse una música especial que, obrando directamente sobre el mal, excitase ó neutralizase tal ó cual especie de nervios, este ó aquel enervamiento, excitase ó calmase una ú otra facultad moral.

Siguiendo este sistema y bajo el punto de vista médico, ¿no podria establecerse cierto método en el tratamiento de las enfermedades por medio de la música y aplicarlo higiénicamente para el regular desarrollo de las diversas facultades?

Hay enfermedades mentales producidas especialmente por afecciones de órganos que sirven á la inteligencia, y por las exageradas pasiones de ésta; otras debidas á afecciones de órganos que se relacionan directamente con la sensibilidad y que de un modo directo influyen en las pasiones y sentimientos extremados que de ella dependen.

Indudablemente que en el tratamiento de estas enfermedades se obtendrian resultados más felices si, en vez de obrar al acaso, se escogiesen determinados géneros musicales que, obrando sobre tal ó cual órgano, pudiesen influir en tal ó cual facultad moral. Á nuestro modo de ver, es este un fecundo estudio para los alienistas, estudio que es indispensable cuando en la práctica se quiera aplicar la música al arte de curar.

Parécenos que las anteriores proposiciones, por primera vez demostradas por nosotros, especifican bien los variados efectos de la música; no obstante esta especificacion podrá verse más clara si se recuerda el principio de la *trasmision y trasformacion del movimiento en los diversos medios*, principio que hemos establecido en una comunicacion dirigida á la Academia de ciencias de Paris en 1876, y que explica la natural y espontánea influencia de la música como lenguaje natural.

Podríase asimismo caracterizar perfectamente *á priori* y especializar los diversos efectos de la música, la naturaleza de los sacudimientos nerviosos que debe producir cada género, la actividad intelectual y moral de que puede ser causa, en una palabra, comprobar las proposiciones más arriba formuladas.

VII.

Son dignas de notarse las analogías que existen entre los efectos que la música y determinados alimentos producen respectivamente en lo físico y en lo moral. Muchos son los observadores que de ellas se han hecho cargo.

M. C. Bauquier, en su *Filosofía de la música*, nos dice: «Los sonidos violentos embriagan como los vinos espirituosos; y si concedemos que la música es un poderoso medio para animar al combatiente, deduciendo de esto que hace nacer el valor, igual poder deberemos conceder al arte de los destiladores, pues el aguardiente produce tambien excitacion del sistema nervioso, la misma agitacion y el mismo deseo de moverse: sabido es que muchos soldados no pueden batirse sin haber forrado su cuerpo con algunos tragos de alcohol.»

Más adelante añade el propio autor: «El pintor ó el poeta, al oir una obra musical, puede sentir como en su alma se despiertan todas las fuerzas creadoras de su imaginacion, concibiendo algun cuadro, alguna composicion poética. Esa excitacion general de la sensibilidad representa en él como la accion del café, del vino, de un agente excitante cualquiera, que desarrolla la actividad del sistema nervioso... A esto podria muy bien llamársele la accion alcohólica del arte.»

Zyriab el persa, apellidado el *Pájaro negro de melodioso canto*, tan célebre como poeta, músico y sabio, se inspiraba al son de la lira y dictaba sus pensamientos á dos secretarios.

En la importante obra de la marquesa de Blocqueville, *Las tardes de la quinta de los jazmines*, encontramos lo siguiente: «La música obra en nuestro organismo como los tópicos materiales: es higiénica y medicinal: pero seduce, embriaga y se hace tan temible como el ajenjo y el opio, cuando es violenta, apasionada, ó cuando es tierna y voluptuosa.»

Sin querer asimilar por completo los efectos que la música produce en lo físico y en lo moral á los que causan los alimentos modificadores del sistema nervioso, y sin indagar hasta qué punto puede verificarse esa asimilacion, creemos útil y curioso recordar, á fin de que puedan ser debidamente comparadas, las leyes que acerca de la influencia que en lo físico y en lo moral ejercen los alimentos, hemos formulado en otro lugar. Esas leyes, que han merecido la aprobacion de los sabios más competentes, despues de la comprobacion debida, son las siguientes:

1.ª Hay alimentos que obran especialmente sobre los nervios del movimiento y alimentos que obran especialmente sobre los nervios de la sensibilidad.

2.ª Los alimentos de la primera clase influyen de un modo especial en la inteligencia.

3.ª Los alimentos del segundo órden ejercen especial influencia sobre los sentimientos.

4.ª Hay una trasformacion de movimiento: las fuerzas que obran sobre los nervios locomotores y las fuerzas

© Biblioteca Nacional de España

intelectuales pueden trasformarse en sensibilidad y en sentimientos, y vice-versa.

5.ª Cada alimento ocupa un lugar intermedio entre los que obran más directamente ya sobre los nervios del movimiento, ya sobre los de la sensibilidad (1).

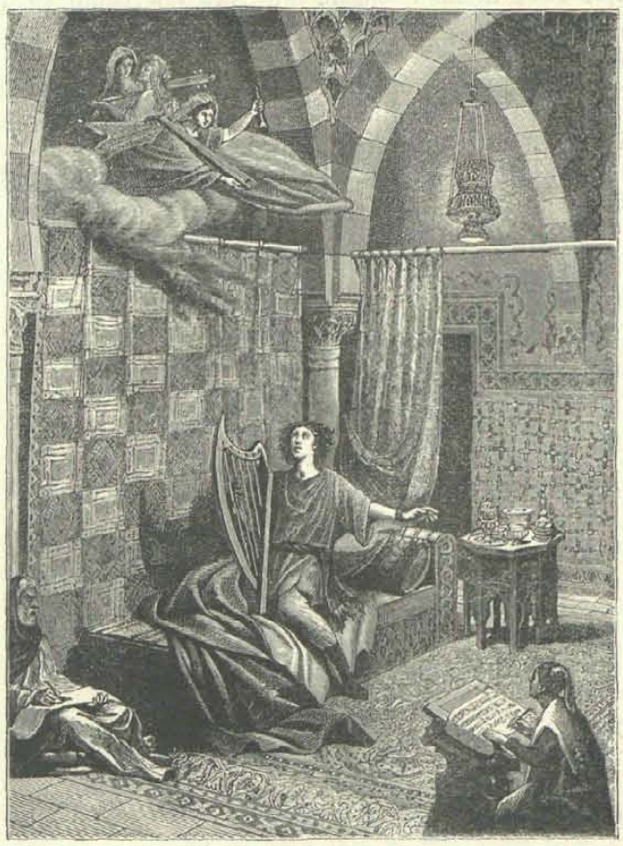
Esas leyes ofrecen fecundas consecuencias en fisiología, en higiene, en patología, en terapéutica, en psicología, etc... Algunas personas podrian creer que de la

Arpista que toca miéntras los soberanos están comiendo. (Escena sacada de un bajo-relieve de Koyundjeck, ruinas de Ninive).

actividad nerviosa hacemos nosotros la inteligencia, y de la sensibilidad los sentimientos; pero nada hay en nuestras observaciones que á ello tienda: nosotros no hacemos más que corroborar una relacion, una influencia de la parte física sobre la moral y recíprocamente, y nadie puede contradecirla, pues es el resultado de las leyes establecidas por el Creador entre el cuerpo y el alma, entre el espíritu y la materia.

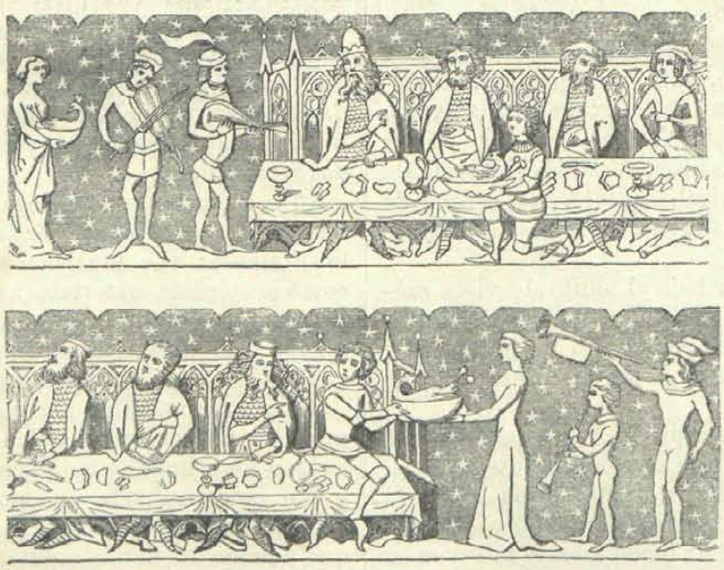
En la obra en que desarrollamos esas ideas, hacemos notar igualmente el partido que la higiene y la medicina podrian sacar de tales principios, especialmente en las enfermedades mentales: «¿No seria fácil, decimos, obtener felices resultados en el tratamiento de esas enfermedades, con una eleccion inteligente de los alimentos que obran sobre tal ó cual órgano y que influyen en tal ó cual potencia moral? Á nuestro entender esta materia ofrece un estudio fecundo para los alienistas.»

La música y la alimentacion deben llamar la atencion del higienista, del médico y aun del moralista, bajo el punto de vista de la influencia que ejercen sobre el sistema nervioso, como instrumento del alma; pues una y otra, segun su carácter, pueden obrar especialmente sobre cada facultad del alma, obrando, en su consecuencia, sobre los órganos que sirven á dichas facultades.



Zyriab inspirado.

Las leyes á las cuales van unidas las influencias de los alimentos y de la música, presentan, pues, un hecho capital bajo el punto de vista fisiológico y médico, y hasta filosófico. No obstante, todos cuantos han tratado de la accion de los alimentos y de la música sobre lo físico y lo moral, han confundido hasta ahora sus específicas influencias. Éstas aparecen á primera vista completamente mezcladas é inseparables, de modo que cuando hablábamos á los hombres competentes de llegar á esta especificacion que nos ha ocupado por espacio de muchos años, me decian que, á su modo de ver, era imposible encontrar el hilo conductor en este intrincado laberinto. Pero ahora nada parece tan sencillo, *tan claro y tan evidente como esta especificacion*: lo mismo acontece con cualquier verdad que se investigue y que se logre por fin establecer.



Representacion de un festin aparatoso en el siglo XV, con el servicio de platos al son de instrumentos musicales. (Sacado de una miniatura de un manuscrito de la Biblioteca nacional de Paris).

VIII.

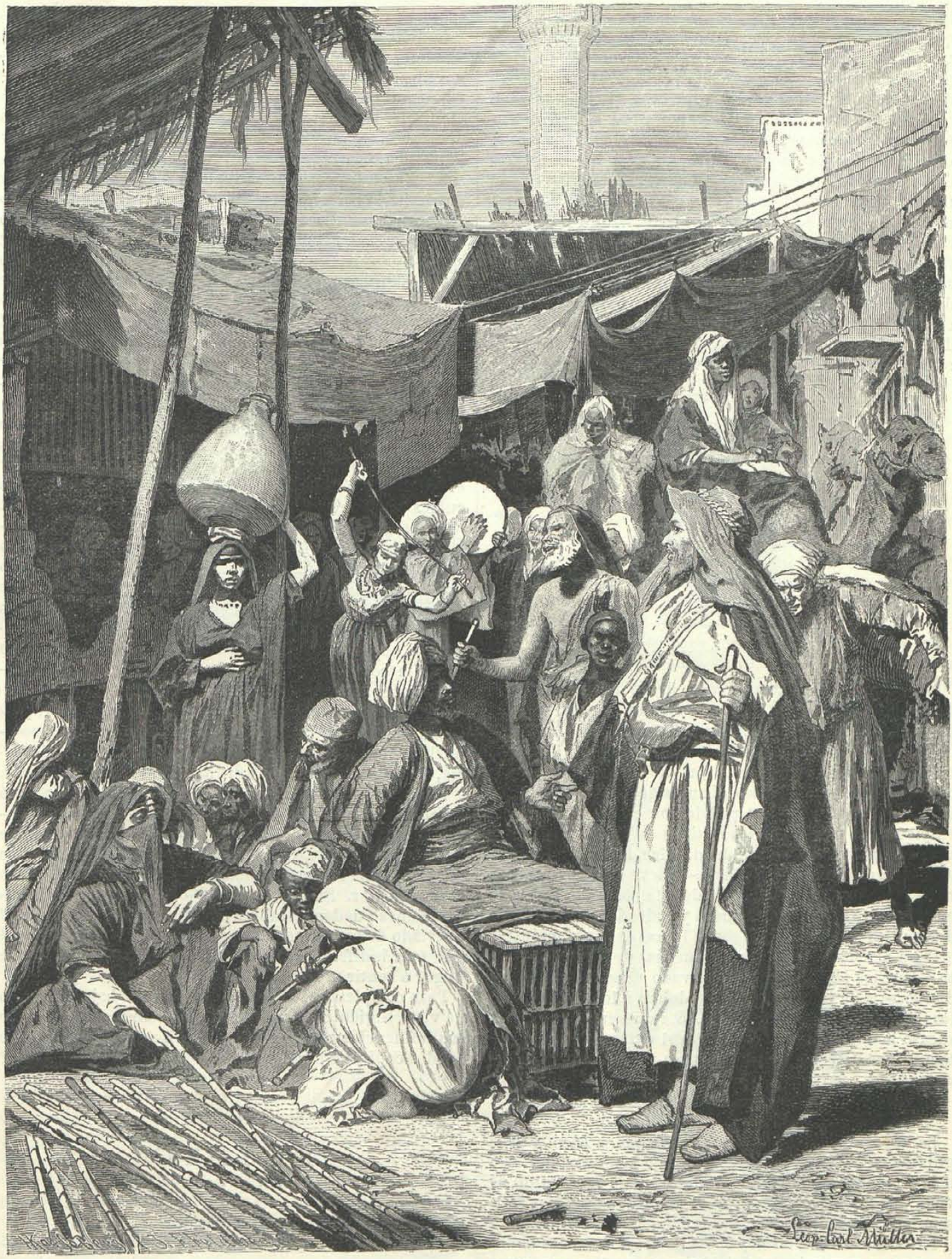
Los antiguos daban gran importancia á la influencia de la música y de los alimentos, de modo que los músicos representaban un gran papel en las comidas. Fácil es convencerse de que se conservan de un modo tenaz y

(1) Los muchos estudios que á este propósito se han dirigido posteriormente, se deben á las palabras encomiásticas que M. J. Beclard ha pronunciado al presentar nuestra Memoria á la Academia de medicina. El eminente secretario perpétuo se expresa en los siguientes términos: «Si los principios que acerca de la alimentacion ha formulado M. Rambosson se confirman, encierran uno de los más grandes descubrimientos fisiológicos hasta el presente hechos.»

Desde entónces nuestros experimentos han sido probados por hombres de ciencia, que han obtenido los mismos resultados que nosotros.

Igualmente hemos presentado al Instituto muchas memorias á esto referentes, habiendo desarrollado todos esos trabajos en nuestra obra sobre las *Leyes de la vida*.

© Biblioteca Nacional de España



EGIPTO.—Mercado en Tanta.

(Véase la página 301).

© Biblioteca Nacional de España

permanente las disposiciones en que uno se encuentra al comer; diríase que los alimentos reciben la primera impresion del humor en que nos encontramos al tiempo que usamos de ellos. Si comemos con alegría, nos encontraremos luego naturalmente alegres y serán precisas graves circunstancias ó una violencia para que varien dichas disposiciones; por el contrario, si comemos con tristeza, nos levantaremos de la mesa con el *spleen* que nos acompañará por todas partes. Si reinan durante la comida la disipacion y el bullicio, será luego preciso dejar trascurrir algun tiempo y tener dominio sobre sí mismo para reconcentrarse y ocuparse convenientemente de cosas serias. Los antiguos, que conocian la importancia de los principios higiénicos y que los practicaban quizás mejor que nosotros, tenian alrededor de su mesa algunos locos y bufones que excitasen su hilaridad, medio excelente para hacer una buena digestion cuando no se lleva al extremo. Nada más cierto que este dicho vulgar que algunos veces se repite cuando se ha reido: «Acabo de hacerme un vaso de buena sangre.»

Apolo con la lira y el arco. (Segun una pintura griega).

No es, pues, de extrañar que desde los más remotos tiempos se haya hecho uso de la música durante los festines. Más arriba hemos citado á Homero y á Virgilio, y hemos hecho notar que los más célebres poetas antiguos no dejan nunca de cantar al son de su lira, durante las comidas de los reyes, las alabanzas de los dioses y de los héroes. ¡Cuántos hechos podríamos citar todavía! «El empleo de la música en los festines de los reyes y de los grandes personajes del Estado, dice Fétis, existia en Asiria y en Babilonia. Un bajo-relieve de Koyundjeck representa un rey y una reina de esta comarca, sentados en un jardin, junto á una mesa y rodeados de sus servidores: llevan á sus labios copas llenas de vino, miéntras que un artista hace vibrar las cuerdas de su instrumento.» Muchos pueblos han conservado esas antiguas tradiciones: «En las fiestas que se daban á los extranjeros, los bardos tocaban sus arpas, ó representaban algun suceso memorable; y si conocian al extranjero, no dejaban nunca de cantar sus alabanzas y las de sus antepasados (1).»

IX.

Es importante, bajo el punto de vista científico, y para guiarse en la práctica, observar que los individuos son más ó ménos sensibles á la música. Bajo este punto de vista pueden ser clasificados en cuatro categorías bien separadas unas de otras.

1.° Unos no son susceptibles de trasformar las ondas sonoras en movimientos fisiológicos; aquellos que, como los sordos, tienen los nervios acústicos paralizados ó incapaces por una causa cualquiera de recibir las ondas sonoras.

(1) P. Christian, *Estudio crítico sobre Ossian.*

2.° Otros son susceptibles de trasformarlas en dichos movimientos, aunque imperfectamente; éstos oyen los sonidos, pero de ahí no pasa su facultad musical: las más delicadas, las más sentidas melodías nada dicen á su alma; para ellos no son más que ruidos, sonidos indiferentes. Muchas personas hemos conocido que se encuentran en este caso, y que han llamado nuestra atencion, especialmente un profesor de retórica, poeta distinguido y muy buen apreciador de lo bello fuera de la música.

3.° Otros trasforman muy bien las ondas sonoras en movimiento fisiológico, y éste en actividad psíquica, pero son incapaces del movimiento de regresion. Éstos, no sólo oyen las ondas sonoras, sino que comprenden lo que ellas expresan; aprecian los tesoros de la música; pero no pueden expresarse en ese lenguaje. El número de estas personas es muy considerable.

4.° Finalmente, otros trasforman perfectamente el movimiento en toda la série: el mecánico de las ondas sonoras en el psicológico; éste en actividad moral y recíprocamente. Son los verdaderos artistas, pues comprenden ese lenguaje y pueden servirse de él.

5.° Entre el que tiene más predisposiciones naturales ó de facilidad adquirida para expresar sus pensamientos y sus sentimientos por medio del acento y de la melodía, y el que tiene ménos, hay una infinidad de grados entre los cuales cada uno encuentra el que mejor le corresponde.

Una simple observacion nos demuestra que hay artistas dotados sólo de inteligencia, no de sentimiento, aptos principalmente para componer la música científica, pero no la sentimental; artistas dotados especialmente de sentimiento, aptos para la segunda, y artistas completos que poseen, á la vez, mucha inteligencia y mucho sentimiento, capaces de escribir música de ambas clases. Entre los primeros y los segundos hay muchos grados, correspondientes á las diferentes aptitudes.

Es de notar, igualmente, que hay personas más aptas para comprender la música que sólo expresa el movimiento, el compás, es decir, que se dirige á la inteligencia, que para apreciar la sentimental, y recíprocamente.

Es, pues, evidente que la música producirá más ó ménos efecto, bajo el punto de vista higiénico y medicinal, segun la naturaleza de los individuos, siendo de gran importancia no dar al olvido estas diferencias, si se quieren apreciar con exactitud los resultados que se desea obtener. No debe tampoco olvidarse que las organizaciones pueden cambiar pasando del estado normal al estado de enfermedad, y que en ese paso, aun aquel que más indiferente se mostraba por la música, puede llegar á sentir merced á ella.

Para completar el estudio de la música bajo el punto de vista higiénico y medicinal, debemos ocuparnos de sus influencias nostálgica y moral. Este será el objeto de los dos capítulos siguientes.

(Continuará).

Traducido del francés por
Manuel Angelon.

EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

POR LA DELTA.

(CONCLUSION).

¿Quién será que no haya oido hablar de la Tabla ó la clave de Roseta, monumento venerable que contenia tres inscripciones, por las cuales pudieron los anticuarios

© Biblioteca Nacional de España

europeos abrir la boca, muda durante miles de años, del esfinge egipcio, esto es, descifrar la escritura geroglífica de los antiguos egipcios? De resultas de la batalla perdida por los franceses, cayó la inestimable Tabla de

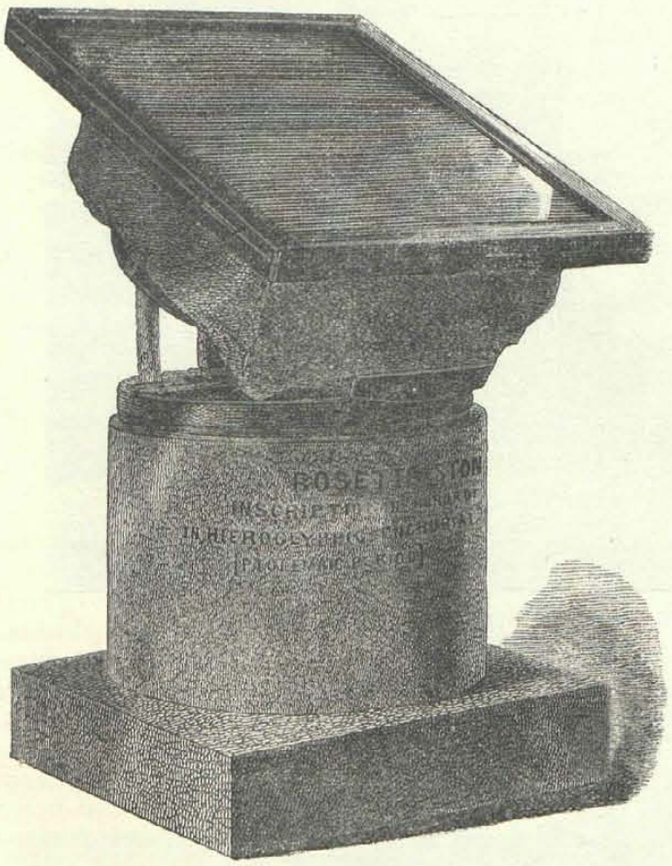


Tabla de Roseta.

basalto en poder de los ingleses, los cuales la expusieron en el Museo británico. El medio por el cual se logró descifrar la escritura geroglífica con ayuda de las inscripciones egipcias y de la traduccion griega que se ve en la Tabla, lo comunicaremos al lector cuando tengamos delante otro monumento que se custodia en Bulak, cerca del Cairo, con la prueba que dió á los egiptólogos los resultados que se proponian. Á nuestra Tabla le falta un ángulo. ¡A quién le cupiera encontrarlo! Pero harto tiempo nos hemos detenido ya en esta excursion al Norte; así es que al amanecer del dia siguiente nos metemos otra vez en nuestro bote, desandamos el camino andado de vuelta á Desuk, subimos allá al wagon, y damos fin á nuestro viaje al empezar la feria.

Tanta es una ciudad egipcia de mediana extension y residencia del *mudir* ó gobernador de una provincia importante. En frente de la estacion empieza una hilera de casas grandiosas de estilo medio europeo; el palacio del virey, que se parece á un cuartel, es tan espacioso como vulgar, y el polvo blanco de las anchas calles está que arde al sol de medio dia. Siguiendo una de las calles angostas, umbrosas y frescas que conducen al interior de la ciudad, cuyas casas, segun el gusto árabe, dan la espalda á la calle con sus desnudas paredes, por acá y acullá sale del triste muro un balcon con enrejado de madera que nos llama la atencion por los arcos de sus puertas, sus umbrales y su limpia obra de picapedrero. Pero de todo esto encontraremos mucho en el Cairo más bello y variado.

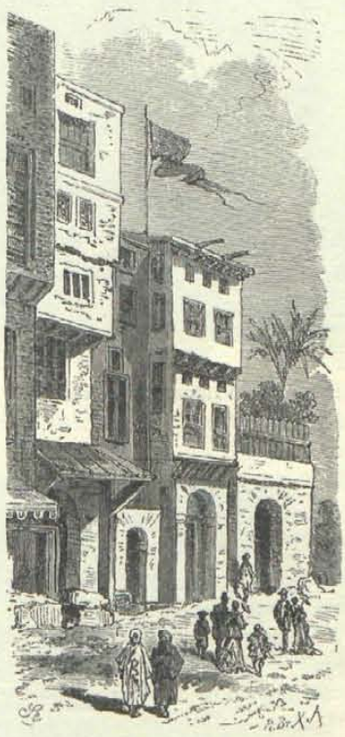
Entramos ahora en el bazar principal del gran Suk de la ciudad. Difícil es abrirse paso al través del mucho gentío que aquí se agolpa, y más difícil es todavía conquistar un sitio junto á las pequeñas tiendas de los mercaderes, alineadas unas junto á otras. ¿Pero qué valdria lo que aquí podríamos conseguir al lado de lo más selecto que se puede encontrar en la ciudad de las pirámides?

Así es que nos dejamos llevar de la corriente del gentío, y nos encontramos luego delante de la nueva mezquita, majestuosa y bien conservada; pero poco gozo nos da la vista de sus formas vulgares, y nuestros ojos se vuelven con mayor interés á la *medrese* (escuela), bonito edificio de tiempos antiguos.

Delante de ésta brillan los claros cristales de abigarradas redomas de la botica, cosa que no puede faltar en una ciudad que posee en propiedad un grande hospital. En el señor boticario encontramos luego un paisano muy instruido, que tiene hechos lejaños viajes, y que ha prestado á su patria, en ciencias naturales, apreciables servicios. Desde su tienda, cuya brillante limpieza no pocas farmacias europeas pudieran tomar por modelo, estamos mirando el gentío que se precipita á la mezquita, y al dia siguiente (viérnes) por la mañana, la solemne procesion con que se abre la feria. El objeto de la procesion es el sepulcro del santon Sejjid el Bedawi.

No hay en todo el Egipto un lugar de romería que ejerza mayor fuerza de atraccion. Tres veces al año se celebran aquí fiestas solemnes; en enero, y despues del 21 de marzo y de los equinoccios, acuden á Tanta millares de personas; pero en tiempo del gran *Molid* ó de la fiesta del natalicio del santon, que cae á fines de agosto, pasan de medio millon los romeros que aquí acuden.

Verdad es que no todos estos hombres van allá con un objeto religioso solamente, sino que tambien los llevan á Tanta objetos nada santos. Oferta y pregunta son cosas que repetidamente se oyen en la feria; en las romerías á la Meca se permite á los musulmanes comerciar en la misma. Llegan aquí para la venta muchísimos caballos y camellos y rebaños de ganado lanar y vacuno; el comercio en productos del suelo es considerable, y dentro de la ciudad se venden en puestos, á precios muy baratos, como en nuestros mercados anuales, toda clase de

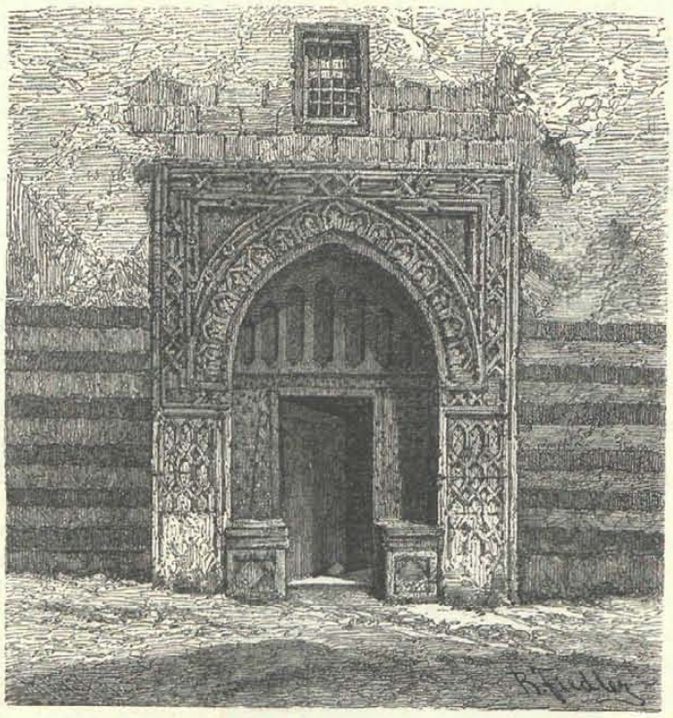


Casa con balcon en Roseta.

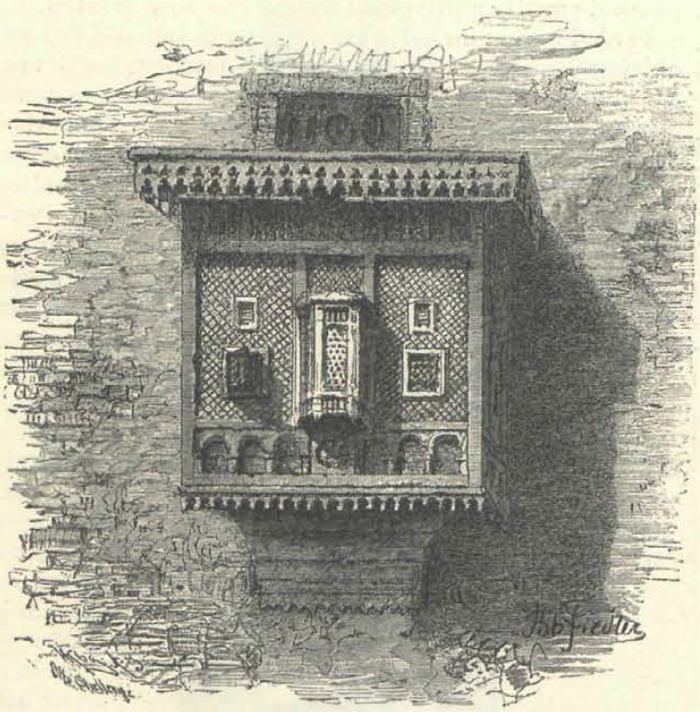
productos industriales. Detrás del puesto del vendedor se ven muchos carpinteros que se afanan en rematar la obra. Lo que aquí se ofrece tan barato es, segun dicen,

© Biblioteca Nacional de España

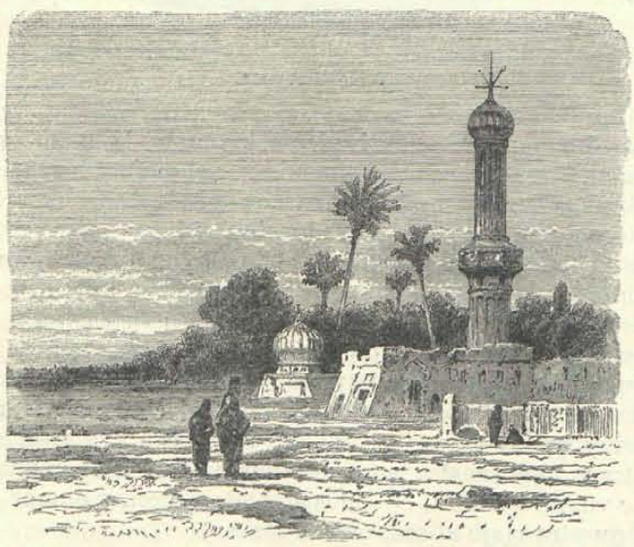
Vendedor de pan de dátiles.



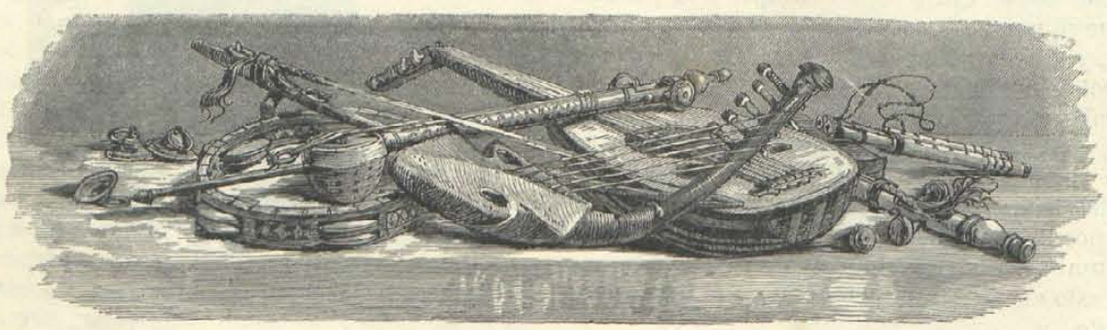
Puerta de una casa árabe.



Ventana del harem.



Ante las puertas de Reschid (Roseta).



EGIPTO.

(Véanse las páginas 270, 299, 301 y 302).

© Biblioteca Nacional de España

de primera mano, y el maestro responde del valor de su trabajo. Las cocinas están todas cuajadas de gente; pero el hombre más sóbrio y entendido se contenta para comer con un pedazo de pan de dátiles. Este pan se compone de dátiles muy prensados, despues de extraido el hueso, y ejerce sobre las moscas, contra las cuales su vendedor tiene que dar una pelea incesante, mucha mayor atraccion que sobre los hombres.

Bien así como el gavilan persigue á los pájaros de paso, siguen tambien los rateros á los que visitan las ferias; y el forastero que tiene aquí un amigo recibe de él las instrucciones necesarias para guardarse, sobre todo en la ancha plaza contigua al mercado de los caballos, en la cual se ofrecen á porfía á los romeros todas las diversiones que ha podido idear el Oriente.

Pero no todas las fiestas del Molid están limitadas á esta plaza, pues todos los cafés de la ciudad, brillantemente iluminados, llaman tambien á los transeuntes, y de léjos los convida tambien una música chillona árabe, no ménos que las castañuelas y el «Ya salam» (que es nuestro bravo).

Aquí afluye y se junta todo lo que posee el valle del Nilo en bailarinas y cantoras y en acicaladas y pintadas siervas de Vénus. En Tanta vimos por segunda vez á una *gahzije* (bailarina), á quien habíamos ya admirado en la casa del agente consular aleman de Luksor en el Egipto superior. Sólo las más afamadas almehs ó cantoras del Cairo tienen á ménos asistir al mercado anual; pero tambien entre las que aquí se producen, se ven hermosas mujeres dotadas de rara y particular belleza. Forman éstas una clase separada que, por ciertas señales exteriores, y por el rostro sobre todo, se distinguen de las egipcias propiamente tales, y tienen tambien su jefa á quien oimos llamar, quizá por broma, «Machbuba-Bey.» Ya las volveremos á encontrar y podremos observar su traje de costumbre, sus ricas galas y artificios en círculos ménos concurridos. Á donde quiera que se dirijan los ojos en las ferias de Tanta, llaman la atencion, no sólo ellas, sino tambien bailarines vestidos de mujer, juglares y fulleros de toda especie, los cuales ordinariamente, rodeados al raso de un círculo de mirones, muestran á porfía sus habilidades. En estas escenas es caso que llama la atencion de los extranjeros la viveza é ingenuidad de los orientales.

Es preciso verla para creerla la amabilidad con que los adultos hacen lugar á los niños y los colocan en las primeras filas, la atencion con que los mayores facilitan á los pequeños, y los hombres á las mujeres la vista del espectáculo; el profundo horror que se pinta en todos los semblantes, cuando el prestidigitador levanta la espada, y la devocion con que se inclinan todos cuando el payaso pronuncia el nombre del Altísimo, el nombre de Alá; nunca, en ninguna ocasion oimos reir tan cordialmente como en las indescriptibles bufonadas del Karagjuz y Alí Kaka; pero verdad es tambien que en ninguna otra ocasion hemos tenido más motivos para lamentar con toda sinceridad el estar viendo á mujeres y á niños entre los espectadores.

Copto.

Bien se echará de ver por lo que llevamos dicho que á los romeros que van á Tanta no les interesan solamente objetos religiosos; pero los más de entre ellos, llenos de devocion, sólo apetecen una cosa, que es orar al lado del ataud del gran santon Sejjid Achmed el Bedawi. La historia de este taumaturgo es bastante característica para que no la pasemos por alto, por cuanto es muy propia para mostrar á qué especie de hombres da el Islam el predicado de santidad.

Por los años mil y doscientos de nuestra era, hubo de nacer, segun dicen, el tal santon, en Fez, á donde se habia refugiado huyendo de Irak su familia, la cual naturalmente aseguraba descender en línea directa del Profeta. Á la edad de siete años hizo con los suyos una peregrinacion á la Meca, donde malgastó su juventud como mozo más aficionado á una vida disoluta que al estudio, por lo cual se le aplicó por sus camaradas el apodo de «loco y mala cabeza.» Tenia este jóven veinte y ocho años cuando murió su padre, observándose en él desde entónces una rara trasformacion. Debajo del tejado de su hermano—pues tuvo á ménos tomar una casa para sí—vino á embargarle, segun tradicion, el ánsia del amor divino, en lengua arábiga «el Walah,» que trasformó en un santo al jóven indómito y atolondrado. La lengua, que ántes estaba en contínuo movimiento, apareció como paralizada; sólo hablaba por medio de signos y ademanes; con un ayuno de cuarenta

© Biblioteca Nacional de España

dias castigó él su cuerpo, y dias y más dias dirigia al cielo sus ojos negros y rasgados, los cuales, en aquellos éxtasis, ardian como ascuas. Al mismo tiempo oia voces interiores, y se le mostraban de noche en sueños raras figuras. Sus convecinos empezaron entónces á venerarle como un bendito, y la fama de su santidad le precedia, cuando, impulsado por un ardiente deseo místico, pasó primero á Irak, y en seguida á Egipto, donde el sultan Bebars, que reinaba á la sazon, le recibió con respeto y cariño. En Tanta se estableció definitivamente, y allí hizo cosas inauditas en la vida ascética. Ántes de ponerse un vestido nuevo, debia el viejo podrírsele en el cuerpo; su mirada, fija al cielo, iba durando más cada dia: atribúyensele milagros de toda especie, y hasta haber resucitado muertos. Á sus adeptos daba él consejo y asistencia en todas sus necesidades; á sus despreciadores castigábales sin compasion con enfermedades y la muerte. Dicen que murió á la edad de noventa y seis años, pero la fiesta de su *molid* ó natalicio no empezó hasta mucho más tarde, yendo en aumento cada año, y creciendo de un modo extraordinario el número de sus visitantes.

El exacto retrato que poseemos de su personalidad es especialmente interesante, porque le representa en todo y para todo como árabe castizo, como hombre cuya aparicion no pudo ménos de ejercer grandísimo influjo. De su cabeza sólo se veian, segun la tradicion, dos ojos rasgados, negros y hondos, una nariz aguileña muy saliente, las mejillas que remataban en ella, la parte inferior de una frente reluciente y atezada y unas facciones abultadas. Todo lo restante estaba tapado con dos pañuelos del rostro ó antifaces *(litam)*, como los llevan aun en el dia los beduinos. Desde el principio de su período ascético nunca se quitó estos dos pañuelos, y uno de sus discípulos, nombrado Abd el Medschid, segun dicen, cuando el santon, á instancias suyas se quitó el pañuelo superior, recibió una impresion tan aterradora de la vista de la faz consagrada á Dios, que momentos despues exhaló el postrer aliento. Adornaban su rostro varias cicatrices, y á cada lado de la nariz veíanse uno de aquellos lunares oscuros que realzan la belleza, y que tan celebrados son por los orientales. Esta cabeza notable era llevada por un cuerpo bien conformado y esbelto, con dos larguísimos brazos (señales todas de árabe castizo), y firmes piernas.

Como en las fiestas de Tanta hubo muchos alborotos y disgustos, decretó el gobierno del Cairo repetidas veces su cesacion; pero ningun mufti se atrevió á ejecutar esta órden, por cuanto la preocupacion religiosa estaba muy aferrada á este santon, tan socorrido y tan vengativo al mismo tiempo, cuando se trataba de su honra. Aun hoy dia está haciendo milagros á centenares, y toma parte decididamente en las más pequeñas novedades de las familias; de aquí el haberse hecho tan popular, pues, segun la creencia musulmana, todo bendito ó santon está facultado para sacar del tesoro de sus dotes milagreras cuanto bien le parezca, distribuyendo regalos entre sus adeptos, más ó ménos cuantiosos, segun las visitas que hagan al lugar donde descansan sus restos. Y como por otro lado son los santones muy vengativos, ningun musulman quiere indisponerse con ellos.

Por sagrado se tiene el mausoleo, en el cual, detrás de un enrejado artísticamente labrado, está su sarcófago cubierto de terciopelo encarnado, y más allá el de su hijo Farag. Píntase fervorosa devocion en el semblante de los mahometanos que aquí vienen á orar, y que salen, al parecer, consolados y animosos.

Omitimos describir más detenidamente la moderna mezquita de esta ciudad de peregrinacion, por cuanto los templos del Cairo nos darán mayor espacio para hacerlo; empero, en ninguno de ellos hemos visto tantos devotos reunidos como aquí, donde así en la primera como en la última vez, durante nuestras repetidas visitas al valle del Nilo, se nos presentó tan tenaz el fanatismo de los musulmanes, que sólo nuestra propia serenidad y la intervencion del jeque de la mezquita pudieron librarnos de gravísimo daño. La feria de Tanta y sus fiestas se parecen tanto en muchos pasos á las fiestas de Bubastis que Herodoto nos describe, que pueden considerarse como consecuencias de aquellas.

Ántes que nosotros nos despidiéramos de esta ciudad de romería para emprender nuestro viaje por la Delta oriental al territorio de Gosen que de niños conocemos, visitamos otra vez las tiendas delante de la ciudad, en las cuales están acampados los peregrinos á millares de miles á orillas del canal que da aguas á Tanta, y donde vimos unos espectáculos que nos trajeron á la memoria los descendientes de Jacob, cuyas praderas pensamos recorrer luego.

Traducido del aleman por
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(Continuará).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

(CONCLUSION).

VII.

Además de las oscilaciones enteramente exteriores que hemos apuntado, debidas unas á la atraccion de los astros, y otras á la accion de la piroesfera en la costra terrestre, el Océano tiene otros movimientos que le son propios y á los cuales las fuerzas extrañas no contribuyen sino en débil parte; movimientos que apénas eran conocidos á principios del pasado siglo, y si lo eran, puede decirse que se presentaban de un modo empírico. Verdad es que era sabida la existencia de las corrientes y contracorrientes y que se habia establecido aproximadamente su extension y direccion; pero se ignoraba si estaban ó no sometidas á leyes constantes; si eran variables ó permanentes, y ni siquiera se sospechaban sus causas. Apénas se ocupaban en darles una explicacion tal cual; la mayor parte de los marinos hacian muy poco caso de dichas corrientes y parecia que no notaban el tiempo que perdian luchando con ellas. El doctor Franklin fué el primero que se ocupó seriamente en este asunto. Hé aquí cómo nos lo refiere la historia:

«Hallándose en 1770, en Lóndres, este hombre ilustre, fué consultado sobre una peticion que el consejo de la aduana de Boston dirigia á los lores de la Tesorería, manifestándoles que los paquebotes de Falmouth empleaban en hacer la travesía de esta ciudad á Boston una quincena más que los buques mercantes yendo de Lóndres á Providencia, en Rhode-Island. En consecuencia, el consejo pedia que los paquebotes de Falmouth fueran autorizados para hacerse á la vela para Providencia, en vez de dirigirse directamente á Boston. Esto pareció extraño al doctor, porque Lóndres está más léjos de América que el puerto de Falmouth en Cornouailles,

© Biblioteca Nacional de España

y á partir de este punto, la ruta es la misma: la diferencia hubiera debido ser lo contrario. Franklin consultó al capitan Fodger, ballenero, que se hallaba á la sazon en Lóndres. El viejo pescador explicó al filósofo que la diferencia provenia de que los capitanes de Rhode-Island conocian la corriente del golfo, miéntras que los de los paquebotes ingleses ni sospechaban su existencia. Estos últimos navegaban de lleno en la gran corriente, que les hacia cejar de 60 á 70 millas diarias, al paso que los primeros la evitaban con cuidado. Le habia sido revelado por la presencia de las ballenas, que se mantenian á cada lado de la gran corriente de agua, pero nunca en el interior. Es un hecho muy conocido que estos mamíferos huyen de las aguas calientes de la mayor de las corrientes del Océano, en la que se hallan, no obstante, bancos inmensos de ortigas de mar, ó pequeñas medusas, que son el principal alimento de la ballena.

»A peticion de Franklin, el ballenero trazó en un mapa el curso de la gran corriente, á partir del estrecho de la Florida; el doctor lo hizo grabar en Lóndres y envió algunos ejemplares á los capitanes de los paquebotes de Falmouth, que no hicieron ningun caso de él. Aquel trazado, hecho de memoria por el pescador de Nantucket, ha sido reproducido en los mapas marinos hasta la época reciente en que las observaciones y estudios del sabio comandante Maury dieron nueva luz á este importante descubrimiento.»

En efecto, en ninguna parte del mundo la navegacion es más difícil y más peligrosa que en las inmediaciones de la América septentrional, sobre todo en invierno. Ántes de que se hubiese averiguado el calor de las aguas de la gran corriente, llamada, como diremos luego, *Gulf-Stream* por los ingleses, un viaje de Europa á Nueva York, y aun á los cabos de Delaware y de Chesapeake, era tan penoso como lleno de peligros. Gobernando las naves á sus costas, frecuentemente se ven asaltadas por tempestades de nieve y por huracanes que desafian las fuerzas y la ciencia del marino. En un momento su buque se convierte en una masa de hielo; con su tripulacion helada é impotente: ya no obedece al timon y retrocede hácia la corriente del golfo. Apénas alcanza sus bordes pasa súbitamente, de los rigores del invierno á un mar que tiene la temperatura del verano. El hielo desaparece de sus jarcias; el marinero baña sus miembros entumecidos en una agua tibia y, reanimado por el calor generador que le rodea, vuelve á hallar su vigor, trata otra vez de ganar el puerto, pero de nuevo tambien es rudamente rechazado del Noroeste; y sólo despues de muchas tentativas, logra alcanzar el objeto de su viaje, si no sucumbe en la lucha, que es terrible. Todos los años muchos buques perecen bajo el soplido impetuoso de aquellos terribles vientos, y se citan numerosos ejemplos de embarcaciones dirigiéndose á Norfolk ó Baltimore, que, á la altura de los cabos de la Virginia, han sido asaltadas por tempestades de nieve y rechazadas á la corriente del golfo, quedando detenidas en él por espacio de cuarenta, cincuenta y hasta sesenta dias.

La presencia de estas aguas calientes en la vecindad de las costas de América no deja de ser un beneficio para la navegacion. Aunque todavía harto frecuentes, el número de naufragios, cuyo término medio, en invierno, se elevaba á tres diarios, es mucho menor desde que los buques saben que pueden refugiarse en la corriente, en vez de verse forzados, como sucedia ántes, á dirigirse á las Indias occidentales y esperar allí la vuelta de la primavera. Ántes de las importantísimas observaciones del ilustre comandante Maury, el Océano, como dice muy acertadamente M. Mangin, no se presentaba á los observadores más reflexivos sino como una gran masa de agua inerte, pasiva, obedeciendo á fuerzas ciegas é inmutables. El sabio norteamericano demostró que el órden y la armonía reinan en él como en todas partes; que todo tiene su razon de ser, que todo lleva su peso y medida; aun más, que el Océano está dotado de un conjunto de movimientos comparables á los que mantienen la vida de las plantas y animales; que tiene circulacion, pulso, venas y arterias, hasta corazon, y que además de las causas puramente físicas, á las que se puede atribuir esta circulacion, existe un agente esencial que en vano se buscaria en otra parte, una fuerza vital: la de los millones de millones de séres invisibles que nacen, se agitan, se multiplican y mueren en el seno de las aguas. «Cada uno de estos imperceptibles, dice el citado Maury, cambia el equilibrio del Océano, lo armoniza y todos son sus compensadores.»

Segun este sabio marino y otros no ménos ilustres naturalistas que le han seguido, los principales agentes del vasto conjunto de movimientos que constituye la circulacion oceánica, son en número de tres: el primero y más aparente, es el calórico, la irradiacion solar; el segundo no ménos importante y más todavía, es la sal, y el tercero es la animalidad, «el infinito viviente del mar,» como dice M. Michelet, esto es, los infusorios. Fuera de los movimientos ocasionados por las convulsiones de la piroesfera, que determinan, como dijimos, la elevacion ó depresion de la corteza terrestre, ninguno de ellos agita nunca sino las capas superiores. Las capas inferiores forman sobre el lecho sólido como un segundo lecho, que su densidad, debida á la enorme presion que soporta y que puede ser elevada en muchos centenares de atmósferas, mantiene en una inmovilidad completa. «Todo concurre, dice el eminente físico M. Julien (1), á demostrar la existencia de una calma absoluta y de un verdadero almohadon de agua durmiente, interpuesto entre el fondo de los profundos mares y las regiones agitadas en donde se cruzan y dividen las corrientes y contracorrientes.»

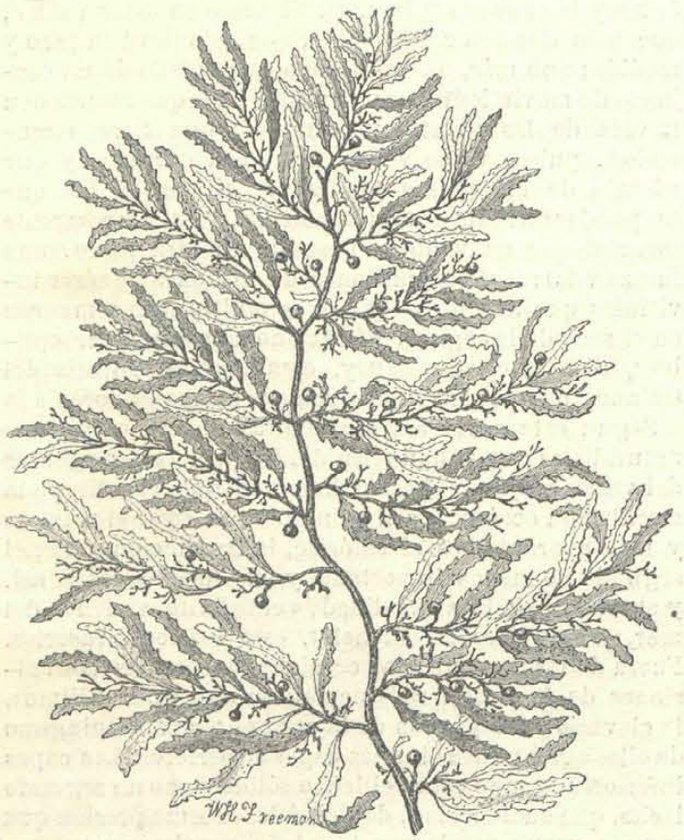
Esto sentado, repetimos que el calórico es una de las causas que engendran las corrientes oceánicas y que explican su permanencia y regularidad. En efecto, las desigualdades de temperatura que existen en las diferentes regiones del globo y que, dilatando ó contrayendo su cubierta gaseosa, determinan las grandes corrientes atmosféricas, no pueden dejar de ejercer una accion análoga en la masa de las aguas. Sabido es que las aguas, así como los gases, se dilatan por el calor, se contraen por el frio, toman, en una palabra, los grados diferentes de densidad que turban el equilibrio del Océano y dan orígen á diversos movimientos tendiendo todos á restablecerlo sin conseguirlo jamás. Si á esto se añade la evaporacion, casi nula en las regiones frias, enorme en las comarcas tórridas, se comprenderá que las leyes de la gravedad por sí solas hacen inevitable el cambio continuo de las aguas tibias de la zona tropical y de las aguas frias de las zonas polares. Sin embargo, esta accion no llega á ser verdaderamente eficaz sino merced á la presencia de otros agentes de que hemos hablado, á saber: de las sales y de los innumerables animales microscópicos de que está poblado el mar hasta en sus más profundas regiones.

Maury, así como otros maestros en la ciencia, ve en las sales una de las fuerzas que presiden á la formacion de las corrientes regulares por las cuales son trasladadas y mezcladas las aguas de las diferentes partes del

(1) *Las armonías del mar.*

© Biblioteca Nacional de España

Océano, distribuyendo al propio tiempo las temperaturas necesarias para el desarrollo de la vida. Ni esta circulacion podria hacerse, ni esta vida podria existir, si las

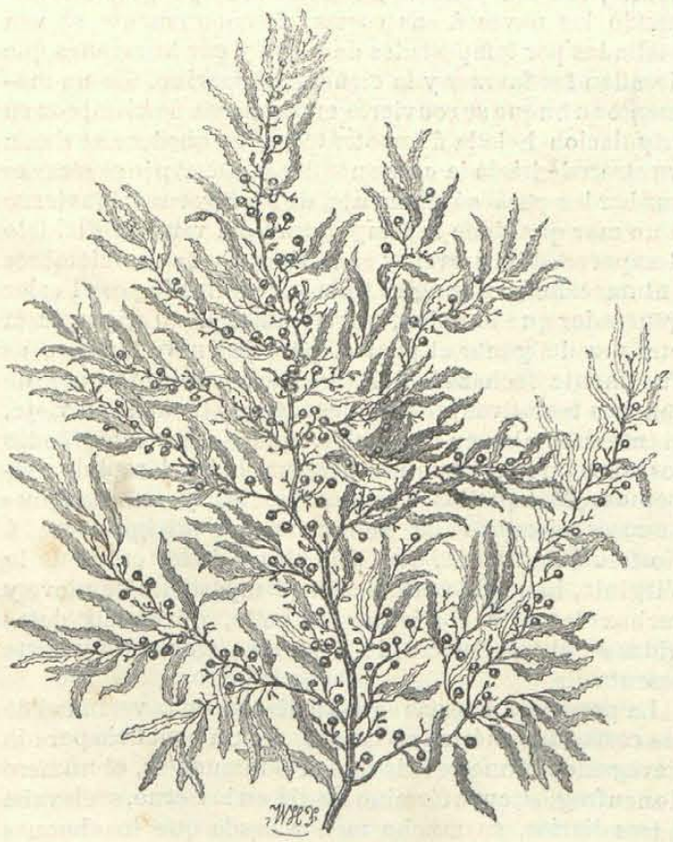


Fucus natans.

aguas del Océano fuesen dulces en vez de ser saladas. «Supongamos, dice M. Julien, que el mar, enteramente compuesto de aguas dulces, se hallara un instante á una temperatura uniforme en el polo y en el ecuador, en la superficie y en las capas más profundas. El calor penetraria las capas líquidas más vecinas al ecuador, las dilataria, las elevaria por cima de su nivel primitivo, y por el solo efecto de la pesantez, las haria deslizar en la superficie hácia las zonas polares, en las que la ausencia de toda irradiacion solar tenderia, por el contrario, á enfriar y á contraer sin cesar más y más. Un cambio se estableceria, pues, de las extremidades al centro, ó, para mejor decirlo, una contracorriente de aguas frias y pesadas, destinada á reemplazar las pérdidas ocasionadas por la accion de los rayos solares, bajaria de los polos, manteniéndose al propio tiempo inmediatamente por debajo de la corriente cálida y ligera que llegaria del ecuador. En semejante sistema de circulacion general, la propiedad física que posee el agua pura de alcanzar su máximum de densidad á los cuatro grados sobre cero, produciria las más singulares consecuencias.» Si así fuera estableceríase una especie de trabazon, de ascension y descenso de corrientes contrarias que daria al Océano de agua dulce la más extraña fisonomía y estorbaria á cada instante la circulacion regular de sus aguas.

No sucede así en el mar salado. Tan sólo á dos grados bajo cero es cuando el agua de este mar alcanza su máximum de peso específico. Evaporándose en la superficie, se concentra y precipita, miéntras que las capas inferiores van á reemplazar las superiores para modificarse á su vez y precipitarse del mismo modo. «Así, añade el autor citado, se establece este contínuo movimiento ascendente y descendente que arrastra á las profundidades del mar la masa de agua calentada en la superficie por el sol de la zona tórrida. Esta doble corriente vertical facilita y prepara la formacion de la gran corriente horizontal, que pone en comunicacion esos depósitos submarinos de calor con las capas inferiores del mar glacial.» Las sales del Océano tienen en la economía general del globo otra funcion, más importante todavía que la que acabamos de indicar, y es que moderan y regulan la evaporacion de las aguas marinas, y por consiguiente su condensacion en estado de nubes, de lluvia, de nieve, etc. El profesor Chapman ha demostrado que el agua dulce abandona, al influjo de la irradiacion solar y de los vientos, más vapores que las aguas saladas del mar pierden en condiciones idénticas. La diferencia es de 54 centésimos por ciento, en veinte y cuatro horas. «Se comprende desde luego, dice el citado M. Julien, cuál seria la clase de perturbacion á que podria dar lugar el efecto de una evaporacion excesiva, si los vientos alisios no hallasen en la superficie del Océano un obstáculo natural, un verdadero freno destinado á oponerse á una absorcion indefinida de vapores, que no tardarian en ir á resolverse en lluvias diluvianas sobre las regiones extra-tropicales.»

Respecto de los animales microscópicos, parece increible en el primer momento que estos séres, que la simple vista no alcanza, ejerzan tanta influencia en los movimientos de ese gran piélago que llamamos Océano, símbolo para nosotros de la inmensidad; pero si bien lo consideramos, nos hará apreciar su valor el que tienen las gotas, las moléculas de agua y la sal de que están impregnadas. ¿Qué importa la pequeñez cuando suple el número? Pues bien, el número de animalillos que trabajan y pululan en el seno de los mares, es tan incalculable como el de las gotas de agua. Su fecundidad es inconcebible; las aguas están literalmente compuestas de ellos,



Fucus bacciferus (Sargazo). (1)

dice un célebre autor marino: son las *olas animadas*

(1) Véase cap. V, *Las plantas del mar.*

© Biblioteca Nacional de España

EGIPTO. — Zenab.

(Véase la página 301).

© Biblioteca Nacional de España

de la Escritura, los «hacedores de mundo» de M. Michelet. Conservan, como observa sabiamente M. Mangin, siempre idéntica la composicion del mar absorbiendo las sales, la mayor parte de base caliza, que provienen del lavado de las tierras. Se asimilan estos elementos sólidos y los trasforman en conchas, en madréporas, en corales, cuyas células se agrupan ó cuyos senos se entrecruzan, se sobreponen, se amontonan en densas capas y sirven de base algunas veces á islas, á archipiélagos, quizás á continentes. «Consideremos aisladamente, en el fondo de los mares, dice M. Julien, uno de esos arquitectos imperceptibles: se apodera de los elementos en suspension en el agua; los elabora, los tritura en un estómago anular de prodigiosa potencia; los trasforma, en fin y extrae de ellos las secreciones calcáreas destinadas á embellecer y extender el palacio de coral que le sirve de morada. Pero la gota de agua en el centro de la cual opera, y de la que agota toda la parte mineral, ó al ménos toda la sustancia caliza, aquella gota de agua se vuelve necesariamente más y más ligera. Bajo la presion uniforme de las moléculas más densas que la rodean, tiende á ascender y á elevarse hasta la superficie con velocidad creciente. Las capas superiores, sometidas á la accion absorbente de los vientos, enriquecidas con todas las sales abandonadas por la evaporacion, tienden, por el contrario, á descender para ir á renovar los materiales de nuestros infatigables obreros. Es, pues, un nuevo orígen de movimiento y de vida que se manifiesta en medio de las aguas; es un nuevo agente dinámico que mantiene y acelera la doble corriente vertical cuyo orígen conocemos ya, y cuya influencia se hace sentir directamente en la circulacion general del Océano.»

Sospéchase que otras fuerzas pueden añadirse á las acciones mecánicas que acabamos de indicar y que parecen ser las más poderosas y manifiestas de las corrientes marítimas; pero estas otras fuerzas que quizás residen en la rotacion de la tierra, en la combinacion de los vientos y tambien en la electricidad y en el magnetismo, no pasan de ser por ahora más que meras hipotésis que la ciencia debe comprobar. Como quiera, registra al presente la *Geografía física del mar*, si no de un modo completo, bastante adelantado ya, la existencia y accion ejercida por esas enormes arterias del Océano llamadas corrientes y contracorrientes que llevan sin cesar el calor y la vida á inmensas distancias, facilitan poderosamente la navegacion y libran al marino de no pocos peligros que ántes tenia que arrostrar. Los más notables de esos verdaderos rios del mar los hallamos en el Océano índio, en el Pacífico y en el Atlántico.

En el primero la corriente de Mozambique, nacida en el mar de Arabia, se dirige hácia la costa de África y se prolonga hasta el cabo de Buena Esperanza, en donde toma el nombre de corriente de Lagullas. Es muy rápida en aquellos sitios, en donde los vientos violentos que soplan frecuentemente en direccion opuesta, hacen que el mar esté muy agitado. Debe atribuirse sobre todo á esta circunstancia el nombre de «Cabo tormentoso» dado en un principio por Bartolomé Diaz al cabo de Buena Esperanza. Otra corriente sale de los mares de la India por el estrecho de Malacca, en donde, engrosada por las corrientes cálidas de la China y Java, penetra en el Pacífico, dirígese hácia la parte Norte de este Océano y su influencia se extiende hasta las islas Aleutias, cuyo clima nebuloso modifica considerablemente. Una tercera corriente caliente, indicada por las ballenas, tiene su orígen en este Océano y se dirige al Sur, á media distancia entre el África y la Australia. Estas enormes corrientes llevan un inmenso volúmen de agua, reemplazada, así como la capa líquida anualmente evaporada, por las corrientes polares, á las cuales algunas veces se las ve arrastrar grandes masas de hielo hasta los 40° Sur. Dos de estas corrientes están situadas á cada lado de la última corriente caliente que hemos indicado.

En el Océano Pacífico, el curso de la corriente de que hemos hablado no se ha podido determinar aun en toda su extension. Los habitantes de las islas Aleutias, en las que no se hallan árboles, se sirven para construir sus pequeñas embarcaciones y utensilios domésticos de la madera que el mar arroja en sus playas y hallan entre aquellos restos grandes trozos de árboles de la China y del Japon. Este solo hecho prueba la existencia de la corriente que atraviesa el Pacífico en aquella direccion. Los japoneses la llaman *Kuro-Sivo*, ó corriente negra, á causa del color azulado oscuro de sus aguas. Tambien en sus circuitos, como diremos luego al hablar de la mayor de las corrientes oceánicas, existen grandes mares de sargazos. Algunas contracorrientes frias como la que desciende á lo largo de las costas orientales del Ásia y ha dado lugar al establecimiento de pesquerías importantes en la costa del Japon y la corriente de Humboldt, descubierta por este sabio ilustre, que llevan al ecuador las aguas frias de las altas latitudes australes, refrescan el clima abrasador de las costas de Chile y del Perú. En fin, otra gran corriente de aguas calientes desciende de las regiones intertropicales del Pacífico, hácia la zona templada. Entre esta corriente y la de Humboldt se ha observado un vasto espacio de mar, de aspecto extraño, que habia sido casi desconocido hasta la época en que los viajes de Australia á la América del Sur han hecho de él un lugar de paso. Los navegantes que lo cruzan, como diremos luego, le describen como un triste desierto, falto de señales de vida, tanto en el aire como en las aguas. Nunca se halla en él ninguna ballena, y las aves marinas que siguen al buque desaparecen al llegar á aquel sitio. El misterioso contraste de aquella region desolada con la exuberancia de vida que se observa en el centro del Pacífico, recuerda los grandes desiertos del Ásia y del África situados cerca de las comarcas en donde la prodigiosa abundancia de la vegetacion mantiene la vida de innumerables séres, ó tambien, si nos es dado llevar tan léjos nuestras miradas, esos espacios vacíos que el telescopio nos descubre en medio de los esplendores de la Via láctea.

El circuito general de las aguas está más claramente trazado en la cuenca relativamente reducida del Atlántico septentrional, que en la vasta extension del Pacífico y del Océano índio. La gran corriente ecuatorial que atraviesa el Atlántico es una corriente de superficie, cuya velocidad, aproximadamente determinada, es de unas 10 millas cada veinte y cuatro horas. La evaporacion, muy abundante en la zona de los vientos alisios, carga de sal la masa de agua que trae en el mar de las Antillas. La corriente del Brasil tiene, como la corriente ecuatorial, su principal orígen en la region cálida comprendida entre África y América; se divide en dos ramas en el cabo San Roque: la una que corre al Sur con el mismo nombre y la otra al Oeste, en donde concurre á la formacion del *Gulf-Stream* (corriente del Golfo). Esta majestuosa corriente es un inmenso rio, que toma su orígen en el golfo de Méjico, en el mar de las Antillas (1), y despues de un grandioso curso se lanza en el mar Ártico.

(1) Los más recientes estudios sobre el orígen de esta poderosa corriente, cuya elevada temperatura se conserva hasta llegar á derretir las masas de hielo del mar polar, hacen sospechar la existencia de un inmenso horno que arde sin cesar bajo las olas del estuario de donde parte.

© Biblioteca Nacional de España

Desemboca por el estrecho de Bahama, se dirige al Nordeste hasta el banco de Terranova, en donde se desvia hácia el Este, y, prolongándose al través del Atlántico, vá á azotar las costas del Norte de Europa, cuyos frios inviernos mitiga considerablemente. «Existe, dice el sabio autor últimamente citado, un gran rio en el mar: las mayores sequías no le agotan; en las mayores crecidas jamás se desborda. Sus tibias y azuladas aguas corren en apretadas olas por un lecho y entre márgenes de agua fria: es el *¡Gulf Stream!* En ninguna parte en el mundo existe una corriente tan majestuosa. Es más rápido que las Amazonas, más impetuoso que el Mississipi, y la masa de estos dos rios no representa la milésima parte del volúmen de agua que desaloja.»

Á la altura de las islas Azores, el *Gulf-Stream* se bifurca y envia hácia el Sureste una segunda rama que da la vuelta al mar de los Sargazos y se confunde despues, más allá de las islas del Cabo Verde, con la corriente ecuatorial. Este mar de los Sargazos, formado por los circuitos de las dos grandes arterias oceánicas, da lugar á un fenómeno curioso del que no podian darse cuenta los primeros navegantes de aquellos mares. En el centro de cada uno de estos circuitos se abren vastos espacios en donde, merced á la inmovilidad relativa de las aguas, las plantas marinas, los sargazos y algas flotantes, se desarrollan con una fecundidad prodigiosa, hasta el punto de formar como inmensas praderas marinas, «praderías de hierba» como dice el historiador Oviedo, á las que los marinos españoles dieron el nombre que hoy lleva. Los primeros exploradores del Atlántico, á pesar de su intrepidez no se aventuraron por él, en un principio, sino con gran recelo. «Se halló tanta hierba, apénas amaneció, decia Cristóbal Colon en el diario de su primer viaje, que el mar parecia como si estuviera cubierto por una capa de hielo.» Y este testimonio está confirmado por el de los observadores modernos: dichas hierbas marinas están tan apretadas y enlazadas entre sí, que no sin dificultad los buques se abren paso por entre ellas y algunas veces retardan considerablemente su marcha.

Como hemos dicho al hablar de las otras corrientes oceánicas, el *Gulf-Stream* arrastra durante todo su trayecto despojos de las comarcas cerca de las cuales tiene su orígen. Trae hasta las playas de Irlanda, de las Hébridas, de Islandia y Noruega, granos tropicales y maderas que recogen los habitantes ribereños para calentarse. Sabido es que algunos bambúes, maderas esculpidas, troncos de un pino hasta entónces desconocido y otros objetos flotantes arrojados á las islas Azóricas de Fayal, de Flores y de Corvo por el *Gulf-Stream*, contribuyeron al descubrimiento de América, confirmando á Cristóbal Colon en la suposicion de que hallaria al otro lado del Atlántico unas Indias occidentales.

Las aguas calientes de la corriente del Golfo, más ricas en sal que las del Océano, son, como ya se ha dicho, de color azul turquí; y la línea de separacion con las aguas frias que forman su márgen, es muy señalada desde el golfo hasta las costas de la Carolina. Dichas aguas calientes, cuyas propiedades químicas son más enérgicas que las del agua de mar ordinaria, están separadas del fondo por una capa de agua fria, que se opone á la pérdida de su calor por el contacto con la costra terrestre; dan nacimiento á innumerables organismos y su prodigiosa fecundidad justifica la comparacion de Maury que llama al *Gulf-Stream* la *Via láctea* del Océano (1).

(1) «El agua, en su movimiento, no es tan sólo el principal, sino tambien el más poderoso y más terrible de los elementos.» *Pindaro.*

Su ancho es de 32 millas en los pasos de la Florida y de 75 á lo largo del cabo Hatteras. Su velocidad entre estos dos puntos varía entre 3 y 4 millas por hora; su profundidad está evaluada en 370 metros en el canal de Bahama y 210 delante de Hatteras. Vuelve á ensancharse hasta Terranova, disminuyendo de velocidad, y allí, traspasando sus líquidas márgenes, cubre, en una extension de muchos miles de leguas cuadradas, las aguas frias que la rodean, revistiendo al Océano de una verdadera capa de calor que atempera los rigorosos inviernos de Europa. Á su influencia debe Inglaterra su rica vegetacion é Irlanda su nombre poético de Esmeralda del Océano. En el Atlántico septentrional, la diferencia de temperatura entre las aguas de la corriente y el aire tomado fuera de la atmósfera húmeda y caliente que se extiende por encima de sus aguas, puede llegar, durante el invierno, hasta 26 grados. Estas grandes perturbaciones atmosféricas producen terribles huracanes, muy terribles sobre todo por la espantosa mar que resulta de la lucha del viento y de la corriente.

Otras varias corrientes secundarias cruzan en diversos sentidos las vastas llanuras oceánicas, originarias algunas de ellas de las que acabamos de mencionar y su enumeracion seria harto prolija. Un fenómeno debemos insistir, no obstante, digno de atencion, y es el que ofrece, como dijimos ántes, un vasto espacio de mar, de aspecto siniestro, desolado, estéril, en donde nadie vive ni se muere, verdadero contraste del movimiento incesante y lleno de vida de las marítimas corrientes y que se extiende desde la llamada de Humboldt, en el ángulo comprendido entre ésta y la tibia arteria que desde el centro del Pacífico sale á su encuentro.

«La mar inmóvil, dice M. F. Julien, aparece en él desierta, abandonada. Jamás la ballena surca sus aguas; nunca el alcion, ni el petrel rozan su superficie. Léjos de las grandes vias abiertas al comercio por la navegacion, ha permanecido por mucho tiempo muy poco conocida y casi inexplorada; únicamente los vientos y las tempestades arrastraban allí casualmente algunas veces un buque extraviado. Tan sólo desde el descubrimiento del oro de Australia y desde la explotacion del guano del Perú, ha sido frecuentado por las embarcaciones que van de los mares del Sur á Hobart-Town y á Sidney.

»Todos los diarios de navegacion, todas las relaciones de viaje están acordes en representar bajo los mismos colores el cuadro que ofrece efectivamente este mar desolado. Cuando ha doblado el cabo de Hornos, vese el navegante rodeado, perseguido durante semanas enteras por un número de aves muy comunes en las regiones australes. La planga, el ave de las tempestades, el tablero, el petrel, la gaviota del Cabo, escoltan el buque, bucean en torno suyo, se paran en sus mástiles y siguen sin fatiga su rápida marcha. Perdido en el seno de los mares, el marino contrae amistad con aquellos graciosos compañeros de viaje. Despues de una noche de tempestad, ¿quién es el que no vuelve á encontrar con satisfaccion aquellos amigos de la víspera, meciéndose en el hueco de una prolongada onda ó levantando su vuelo por encima de la cresta de las encumbradas olas? No hay ninguna ave, ni aun el gigantesco albátros, que no abandone tambien la region de las tempestades para permanecer fiel á la nave con la que se encamina á cielos ménos tormentosos. Pero luego que se acerca al mar desolado, todo huye, todo desaparece, todo cambia. Ya no se ve al alcion, ya no se oye el agudo chillido de la gaviota. La atmósfera queda silenciosa, las olas del mar completamente mudas, nada viene á animar los desiertos horizontes. El universo entero parece privado de vida, y bajo la impresion de este indecible sentimiento de tristeza, el hombre vuel-

© Biblioteca Nacional de España

VENEZUELA. — Mercado en la plaza Mayor de Mérida.

(Véase la página 319).

© Biblioteca Nacional de España

ve á hallarse solo en presencia de Dios y de la inmensidad (1).»

Sobre estos espasmos del mar, como los llama el sabio hidrógrafo americano Maury, sobre estas convulsiones del líquido elemento que someramente acabamos de registrar, se han fundado numerosas teorías en las que, como observa muy acertadamente M. Mangin, existen muchos puntos oscuros, muchos huecos á pesar de los progresos admirables que los observadores modernos, entre ellos Jansen, Reid, Piddington, Peltar y Romme, han hecho hacer á la fisiología de los elementos. Se ven los efectos; hasta se preven por indicios que engañan raras veces; se determina hasta cierto punto su marcha, su enlace, su modo de reproduccion; pero las causas iniciales quedan las más de las veces desconocidas. En vano se ha invocado el magnetismo y la electricidad: la mayor parte de los sistemas que se han ido formando son meramente hipotéticos.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuará).

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

LIBRO SEGUNDO.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO III.

Las galas.

Conoció Teresa al otro dia que habia obrado con poca circunspeccion dejándose llevar demasiado de sus impulsos.

Mercedes amaneció verdaderamente enferma, con una fuerte calentura.

Como era natural, lo vió Teresa ántes que Miguel; examinó á la niña, descubrió entónces la contusion, y aquí de la mujer expedita para prodigar remedios prontos y eficaces á la enferma.

Cuando Miguel se levantó, la poderosa y benéfica accion del árnica habia hecho desaparecer la mitad del daño visible que pudiera alarmarle, y la solicitud exquisita y extremada que vió en su mujer por la niña alejó de él todo cuidado.

Nunca habia hablado Teresa á su hijastra con tanto cariño ni tenido con ella atenciones tan delicadas.

Mercedes las recibia callando, sintiendo como sienten los niños los grados de verdad que acompañan á las caricias que se les hacen; Miguel en cambio las veia lleno de gratitud y lamentando interiormente que no supiera apreciarlas y mejor agradecerlas su hija.

Teresa dijo aparte con astuta oportunidad al padre:

—Tiene esta niña un carácter que se resiente por lo más mínimo de una manera muy viva, y ayer quizá estuviste demasiado severo con ella.

—Tal vez; pero hay que corregirla, respondió Miguel, que sin él notarlo y á pesar de su cariño verdadero, se habia ido poniendo en el ingrato lugar, el más ingrato para un padre, de temeron de su hija.

Desde entónces Teresa se hizo más cauta, Mercedes más reservada.

Comprendia la pobre niña que no hallaria apoyo ni en su padre, y se resignó á devorar en silencio su constante sufrimiento.

Con todo y su edad tierna, conoció la conducta que debia observar, y fijada la línea, la seguia como no lo hiciera con mayor aplomo una mujer experimentada.

No se quejaba nunca, pero no daba tampoco jamás el más leve pretexto de queja.

Condescendiente al extremo con Lola, no se permitia nunca una expansion con ella; sumisa con Teresa, no usaba de la más pequeña libertad con su madrastra á pesar de la confianza que ésta queria que la manifestase.

Y así continuaba en la apariencia la armonía de la familia, que no volvió ya á turbarse, y así crecian las dos niñas como hermanas al calor de unos mismos padres; aunque á los ojos de un observador saltara, con la diferencia del tipo y la distinta expresion del rostro, la distancia de sentimientos que las separaba.

Mercedes seguia en su desarrollo la marcha que de niña, en vida de su madre, anunciaban su figura y hermosas facciones.

Á medida que se iba desarrollando físicamente y adquiria con admirable rapidez los atractivos de una mujer bella, crecia su precoz inteligencia cuya rara aptitud así para las labores como para el estudio, eran el orgullo de sus maestras y la envidia de sus compañeras.

La bondad de su corazon no habia menguado con la secreta amargura que sufria: las almas buenas lo son desdichadas y felices; pero la reserva que habia impuesto á sus sentimientos imprimia cierta gravedad á su semblante, que se tomaba por orgullo de su talento y soberbia de su hermosura á pesar de su modestia y de su condescendencia con la más infeliz de sus condiscípulas.

El polo opuesto era Lola. Tipo totalmente distinto, creció tambien correspondiendo al tipo su carácter.

De figura esbelta y airosa, de rostro blanco y fino, con buenos ojos y buen cabello, las demás facciones armónicamente regulares, dañaba, no obstante, su bello conjunto la expresion poco benévola de su boca, de labios delgados y generalmente contraidos como al impulso de un sentimiento mezquino del alma.

La envidia era, en efecto, el sentimiento que formaba la base de su carácter, y Mercedes su principal objeto.

Tenia, sin embargo, Lola bastante conocimiento para comprender que no la favorecia ese defecto, y procuraba disimularlo; mas no lo conseguia, mucho ménos á los ojos de su madre que no tardó en sentir la mortificacion misma de la hija.

De uno y otro lado, pues, el malestar existia, y en vano intentó alguna vez combatirlo Teresa, que veia la causa, no en Lola, sino en la hija de Miguel.

Así, aquella y su madre formaban coro, aunque con sumo tacto, con las gentes vulgares que no sabian ver otra cosa en lo que llamaban orgullo y soberbia de Mercedes.

Sostenian principalmente esta fama injusta de la doncella los mozos del pueblo.

Atraia su atencion sobre todas la hija de Miguel, pero ninguno lograba fijar la suya.

Indiferente á las lisonjas, fria á los galanteos, los más apuestos veian estrellarse sus pretensiones en la imposibilidad de su carácter.

Era, pues, cómodo y ménos desairado para los pretendientes achacar á orgullo y soberbia de la jóven lo que tal vez era falta de los galanes, que no sabian hallar el camino para interesarla y mover un corazon que parecia insensible en fuerza de reprimir y sofocar el exceso de su sentimiento.

No por esto llevaba Mercedes una vida retirada: al contrario, Teresa no perdia ocasion de exhibir á su hija, y seguia naturalmente al lado de Lola la hija de Miguel.

Más de una vez hubiera querido prescindir de ella

(1) *Las Armonías del mar*, cap. VI.

© Biblioteca Nacional de España

Teresa, que á pesar suyo comprendia el mayor mérito de Mercedes y lo poco que á Lola favorecia el contraste; pero no era esto posible sin exponerse á que trascendiera á la superficie la envidia que habia en el fondo.

Seguia, pues, Mercedes al paseo, al teatro, á las escursiones al campo y á la ciudad; y decimos seguia, porque iba siempre por acuerdo de la familia, nunca por deseo ni ménos por iniciativa propia.

Lo mismo sucedia con los trajes que llevaba.

En ambas temporadas, la de verano y la de invierno, elegian Teresa y su hija las muestras y la moda que mejor pudieran favorecer á Lola; Mercedes lo adoptaba todo sin réplica, sin manifestar siquiera si la complacia ó contrariaba su gusto más ó ménos.

Y era desesperador para Teresa y su hija, y parecia fatal y como inspirado por un espíritu burlador y diabólico, que la eleccion de colores y forma del traje, que se hacia siempre teniendo en cuenta las condiciones de Lola, venia cada vez á favorecer sobre ella á Mercedes.

Y era natural: Mercedes tenia el privilegio de la verdadera belleza que luce indistintamente con unas ú otras galas y aparece elegante con la moda misma que presenta ridículas á las que no tienen la defensa de sus dotes físicas. Lola, que no era fea, causaba á veces la mala impresion de la fealdad por efecto de la repulsiva condicion de su carácter marcada siempre en su semblante.

Habian ya cumplido ambas los catorce años, y no cabia negarse á las vivas instancias que recibian Teresa y Miguel de parte de los mozos más estimables del pueblo y de varias familias, para que asistieran con sus hijas á los bailes que periódicamente se daban en el casino.

Hallábase muy próximo el de una fiesta señalada y se acordó concurrir á él.

Este motivo revistió naturalmente las proporciones de un notable acontecimiento en el seno de la familia.

No hubo desde ese instante asunto de mayor interés para Teresa y Lola ni aun para Miguel, que gozaba asimismo, creyendo que no dejaba de tener igual ilusion su hija, por más que no lo manifestara su carácter poco expansivo.

Llegó el dia, ó mejor, la noche del baile.

Teresa asiste al tocador de las niñas y viste á su hija, ocupando por completo en ayudarla á su doncella.

Mercedes se viste sola.

Llevarán ambas traje blanco, con cintas rosa, Lola, y Mercedes, azules.

La absoluta uniformidad en el vestido no ha respondido otras veces á las especiales miras de Teresa, y en esa ocasion ha introducido esa diferencia de colores en los adornos calculando que saldria Lola favorecida.

Pero nuevamente sale su plan frustrado.

Ya se hallan vestidas ambas.

Contempla Teresa á la una, contempla á la otra, y

—Creo que nos hemos equivocado, dice de pronto sin poder contenerse: á tí, Mercedes, te van mal los lazos azules, y para tí, Lola, observo que ese rosa es demasiado pálido. Hemos trocado los colores. Por fortuna la variacion será cosa de momentos, y así ganareis las dos. Ea, manos á la obra.

En un abrir y cerrar de ojos Teresa y su doncella desprendieron los lazos de ambos trajes volviendo á prender en el de Lola los que llevaba Mercedes, miéntras ésta se ponia sin réplica y sin ayuda los de la otra.

Ya está hecho el cambio, y ya el efecto es... el mismo ahora que ántes.

Teresa se muerde el labio y sale de la habitacion reprimiendo malamente su disgusto.

Presiente que vá á ser de nuevo eclipsada su hija por su hijastra.

No se equivoca.

Al presentarse en el baile, todas las miradas convergen en Mercedes.

Y á este primer efecto siguen muestras inequívocas de la concurrencia que señalan á la hija de Miguel como reina de la fiesta.

Teresa cambió el color.

La boca de Lola era una línea horizontal recta; tan unidos tenia sus delgados labios la envidia.

La madre se dijo interiormente:

—¡Esta chica será el ángel malo de mi hija!

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuará).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO X.

Catástrofe.

De los dos partidos que se me presentaban, opté por el segundo, esto es, oblicué á la derecha, y siguiendo el pié de la cornisa citada poco há, pude llegar al sitio en que el declive, inclinado con regularidad, me permitia descender sin riesgo.

Olvidé decir que miéntras estaba conversando con la hormiga-leon, la atmósfera se habia velado, volviéndose pesada, sofocante: no soplaba la más tenue brisa; las hojas de los abedules y de los pobos no se movian, indicios seguros de próxima borrasca. Efectivamente, ántes de que yo hubiese tenido tiempo de abandonar el abrigo que me ofrecia la cresta del montecillo que se elevaba sobre mi cabeza, un relámpago, seguido de estrepitoso trueno, indicóme que la tempestad iba á desencadenarse. Empezaron á caer gruesas gotas, no tardando la lluvia en aumentar, la cual, al chocar con las plantas, producia estridente ruido. Pronto fué aquello un mar de agua; de consiguiente, no habia que pensar más que en guarecerme de la lluvia. Como me hallaba perfectamente á cubierto, aguardé á que pasara el chubasco, que segun indicios no podia durar.

Al cabo de algunos minutos ví formarse una hebra de agua en la especie de hondonada situada á mis piés, reguero que fué engrosando rápidamente y adquirió las proporciones de un pequeño torrente, el cual naciendo en el bosque recorria el sendero, atravesaba los fresales é iba á parar al estanque situado en el fondo del valle.

Miéntras tanto la lluvia no cesaba; pronto el agua empezó á chorrear del pico que me cobijaba, trazando en el declive cierto número de canalizas paralelas. Cubierto por el realce del terreno, me era dado contemplar como curioso aquella súbita invasion, admirando en mi interior la prevision de la hormiga-leon, cuya trampa estaba hecha á prueba de lluvia. De repente me sentí mojado. Volviéndome con viveza, noté que el agua bajaba por la pared en que estaba apoyado: en aquel momento se desprendieron de lo alto algunas piedrecitas, y levantando los ojos ví aterrorizado que la masa de tierra que me resguardaba de la lluvia, socavada por el agua, se movia, é iba á desplomarse sobre mí.

Más veloz que el pensamiento, de un salto me puse al otro lado. Lo que aconteció despues sólo lo recuerdo confusamente.

Rodé de lo alto del declive envuelto en pedruscos, arena

© Biblioteca Nacional de España

y toda suerte de fragmentos, y al rehacerme un poco, encontréme en el torrente, arrastrado junto con innumerables y variadísimos despojos: gracias á mi caida

tenia todo el cuerpo magullado, hasta el punto de que casi me desmayé. Vagamente recuerdo que me agarré á alguna cosa que rodaba conmigo por el torrente, no soltando ni por un momento la presa.

***

Sucede con frecuencia que nuestro instinto nos impele á cometer torpezas de que á veces somos nosotros las primeras víctimas. Si me hubiese sido posible razonar, atendida mi situacion, guardárame muy bien de agarrarme á un objeto más duro y sobre todo más voluminoso que yo, supuesto que me exponia á quedar aplastado bajo su peso en uno de los desordenados saltos que dábamos. El resultado, empero, no fué tan desgraciado. Despues de una série de evoluciones y una sucesion de chorreras que detuvieron nuestra marcha durante mucho tiempo (á lo ménos así me pareció á mí), llegué á sitio más tranquilo: al tumulto ensordecedor de las aguas de que acababa de ser juguete, sucedió completa calma. Poco á poco fuí recobrando los sentidos, y entónces noté que el objeto á que me habia agarrado era ni más ni ménos que una piña, en compañía de la cual acababa de llevar á cabo tan peligroso descenso.

La piña flotaba, y para cobrar aliento, lo que me hacia suma falta, traté de instalarme en la parte que salia fuera del agua; mas pronto me convencí de que la operacion no era tan fácil como parecia. Verdad es que sus escamas ofrecíanme un punto de apoyo excelente, pero cuando mi cuerpo estaba á mitad fuera del agua, la piña daba una voltereta y volvia á zambullirme en el líquido. Despues de varias tentativas, siempre con idéntico resultado, pensé escalar por uno de sus extremos mi harto movible balsa, colocándome en direccion de su eje y consiguiendo de este modo mantenerme sobre la parte no sumergida de la piña, operacion que me obligó á hacer prodigios de equilibrio.

Por lo que tenia de cómoda para mí la victoria que acababa de alcanzar, me llenó de satisfaccion. Despues de haberme creido perdido irremisiblemente, aquella postura me hizo recobrar la perdida calma. Á milagro debia atribuirse que hubiese conservado sanos todos mis miembros despues de tamaña aventura. Mi primer cuidado fué respirar holgadamente, no una sino varias veces seguidas, y luego fijéme en cuanto me rodeaba, para darme exacta cuenta de mi posicion.

***

Estaba flotando en medio de una dilatada sábana de agua, limitada casi por todos lados por una alfombra de césped que formaba suave declive y en la que descollaban algunos grupos de árboles diseminados. Conocia perfectamente aquel estanque, puesto que formaba parte del parque donde me habia colado el dia primero que me lancé al terreno de las aventuras. Era el mismo sitio que divisé desde el linde del bosque. Hé aquí el bosquecillo y más adelante la inculta meseta que constituye el linde; debajo se extendia en declive el gran fresal, cortado por la hondonada que con tanta rapidez acababa de recorrer; luego, á mayor distancia, seguia el camino, separado únicamente del estanque por un ribazo cubierto de césped, y del que el agua descendia á mares, formando como una cascada. Esas aguas, procedentes del sendero trasformado en torrente por el vendabal y que cortaban la ruta é iban á verterse en el estanque, eran las que me habian arrastrado hasta el sitio en que me encontraba.

La lluvia habia cesado casi del todo, y el sol, próximo á su ocaso, asestaba oblícuamente sus rayos sobre todos los objetos del contorno. Disipada la borrasca, soplaba suave brisa, brisa que me traia los más agradables aromas. Bandadas de vencejos cruzaban el espacio graznando furibundos, y algunas golondrinas rozaban la superficie del estanque y azotaban de vez en cuando el agua con sus alas. Poco faltó para que una de éstas me arrojara de mi balsa: sus evoluciones, lo confieso, teníanme muy inquieto. Gran trabajo me costaba mantenerme sobre la piña; á cada momento temia que, faltándome el equilibrio, fuese á rodar al fondo del agua. Á pocos pasos habia una ancha hoja de nenúfar, y parecíame que, si pudiese alcanzarla, instalado en ella estaria más seguro y sobre todo con mayor comodidad que sobre el movible objeto que me sostenia.

© Biblioteca Nacional de España

UN COMBATE DESIGUAL.

(Véase la página 318).

© Biblioteca Nacional de España

Al zambullirme, la fuerza del agua alejóme rápidamente de la orilla, pero poco á poco habia disminuido la corriente, acabando por cesar del todo en el sitio donde me encontraba, de suerte que mi piña se movia muy poco ó nada.

La borrasca habia aumentado considerablemente el volúmen del agua del estanque y tambien la habia enturbiado, estando cubierta su superficie de leña menuda, de tallos de hierba y de cadáveres de insectos. Miéntras contemplaba estos tristes despojos de la tempestad, llamóme la atencion un movimiento que se producia en el agua á corta distancia y en direccion de la hoja de nenúfar que he mencionado. Á juzgar por los surcos que se veian en el agua, algun insecto estaba luchando allí con las ánsias de la muerte; así pues, grité para llamar su atencion é indicarle la direccion que debia tomar si todavía se hallaba en estado de sostenerse y de nadar. Parecióme que álguien me contestaba, pero con voz apagadísima; sin embargo, era evidente que habia sido oido y que se invocaba mi auxilio. Mas ¿podia, dada mi situacion, hacer algo en beneficio del desdichado que se estaba ahogando? Volví á gritar de nuevo para alentarle y para que cobrara fuerzas con la esperanza de un auxilio inmediato. Nuevamente fuí contestado, y esta vez parecióme que con voz más entonada ó más cercana. Llamé por tercera y cuarta vez, pero el resultado de toda aquella gritería fué muy distinto de lo que yo me imaginara. Miéntras que, alzándome lo más posible á fin de descubrir al infeliz que me proponia salvar, le animaba con mis palabras, de repente veo surgir una cabeza enorme y repugnante, y abrirse y cerrarse con estrépito una ancha boca; luego todo desapareció, agitándose el agua de tal suerte, que por poco se vá á pique mi balsa. Acababa de ser testigo de un drama sangriento. Vivamente conmovido, no tanto, lo confieso, á causa de la víctima, que no conocia, sino al pensar en que tal vez me cabria la misma suerte, aguardaba por momentos la reaparicion del monstruo, el cual, como habrá adivinado el lector, era ni más ni ménos que una rana enorme. Inconsideradamente, al vocear, me habia puesto en evidencia, y sin duda que el monstruo se estaba preparando para atacarme: no dando oidos sino á mi egoismo, maldecia la hora en que, guiado por un estúpido sentimiento de conmiseracion, me habia puesto á gritar. ¿Quién me metia á ocuparme de los demás hallándome yo mismo en situacion tan apurada?

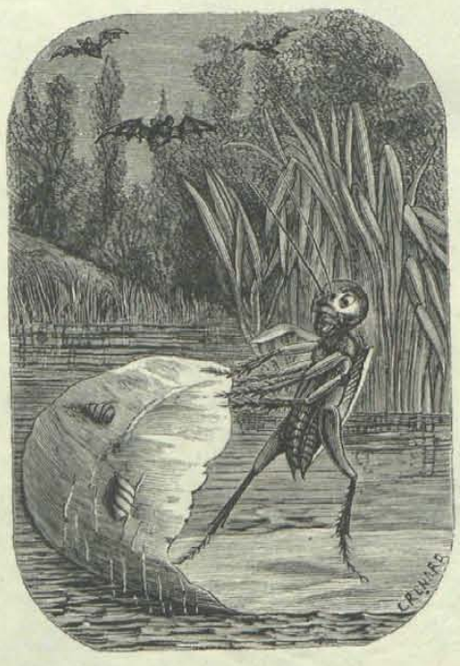
Miéntras me despachaba de esta suerte contra mis sentimientos generosos, ví de repente á mi lado la salvadora hoja de nenúfar, atraida por el movimiento que habia producido el agua al zambullirse la rana, y calculando rápidamente la distancia que de dicha hoja me separaba, de un brinco me puse sobre ella.

* * *

Decididamente mis asuntos tomaban mejor cariz. Mi nueva balsa era más extensa y sobre todo más segura, no siendo poca mi satisfaccion al poder alargar los miembros entumecidos gracias á la inmovilidad á que me habia visto condenado durante algunas horas. Sin pesar veia que la piña que por tanto tiempo me sostuvo, debido al movimiento de retroceso que le imprimió mi empuje, iba alejándose poco á poco. Sabido es que el pobre náufrago, llevado y traido á merced de las olas, sin titubear agárrase á la primera roca sobre que se ve lanzado, aunque ésta no le ofrezca más espectativa que el hambre y la sed.

A mí me sucedia lo que al náufrago. La aparicion de la rana habíame aterrorizado, y me apresuré á cambiar de postura instalándome en una balsa más solida que la que me sostenia. La hoja de nenúfar era grande, perfectamente lisa y casi redonda: la recorrí toda. Confieso que, bajo el punto de vista alimenticio ofrecia muy pocos recursos, pero sólo me habia cuidado de lo más urgente ó sea de evitar que la rana me devorase. Como todos los náufragos, para salir del paso contaba con el tiempo y en una feliz casualidad; sin embargo, lo que veia al través del agua, que empezaba á ponerse clara, no era muy á propósito para inspirarme confianza en el porvenir. Además de las ranas, otros monstruos poblaban el estanque. En una ocasion ví aparecer á flor de agua un animal de aspecto formidable: era mayor que yo, aunque no tan obeso; su cuerpo, formado de flexibles anillos de un color verdoso, movíase como las serpientes: su ancha y poderosa cabeza estaba armada de enormes y agudísimos tenazas: contemplóme un instante con aire feroz, lo cual me hizo estremecer de piés á cabeza: indudablemente que aquel no era un sér inofensivo. Jamás habia visto cosa parecida, y hasta más tarde no supe su nombre: era una larva de ditisco, uno de los más temibles habitantes de las aguas.

Empezaba á anochecer. Pronto aparecieron los murciélagos, uno de los cuales casi tropezó conmigo. Yo bien veia que mi situacion se complicaba por momentos; que aislado sobre la hoja de nenúfar, sin ninguna clase de abrigo, estaba á merced de aquellos vampiros hambrientos, y hasta que el color verde y uniforme de mi balsa contribuia á hacer más visible mi negro cuerpo. ¿Qué partido tomar? Empezaba á desesperar de librarme del nuevo peligro que me amenazaba, cuando de repente acudió á mi ánimo una feliz inspiracion, que en el acto puse en planta. Corriendo velozmente hasta el borde de la hoja, la sujeté con mis mandíbulas; luego, tirándola vigorosamente hácia mí y á reculones la doblé un



tanto. ¡Oh fortuna! en el reverso de mi balsa estaba pegada una suculenta limnea. Apoderarme de ella y llevármela bajo el cobertizo que acababa de fabricarme, fué obra de un momento. A un tiempo habia adquirido mi cena y un techo protector. Del todo tranquilizado, comí con muy buen apetito, y luego me tendí para descansar, cosa que me hacia suma falta. Aquella noche dormí á pierna suelta, como suele decirse.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuará).

© Biblioteca Nacional de España

HIGIENE Y MEDICINA DOMÉSTICAS,

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ COROMINAS Y SABATER.

(CONTINUACION).

II.

CONSEJOS Á LAS MADRES DE FAMILIA.

PRIMER CONSEJO.

En el artículo anterior, fundándonos en la naturaleza de su objeto, en la trascendencia de su fin y en la simplicidad de sus medios, procuramos poner en evidencia la necesidad del estudio de la higiene en general y de la consiguiente aplicacion de sus reglas. Hoy, concretando ya más la cuestion, vamos á fijarnos en un punto que por sí solo reasume y resuelve gran parte, quizá la mayor, del problema general que motiva nuestra ciencia; vamos á ocuparnos de la *Higiene de la infancia*, que sin duda es el capítulo más interesante de la higiene especial; interés inspirado por la infinita debilidad del niño al nacer, sentido por el cariño que naturalmente le profesamos, y comprendido por la idea, que es un hecho, de que en él está el porvenir del hombre, de la familia y de la sociedad.

Mas, por esa misma debilidad del niño al nacer, debilidad que no tiene igual entre los demás séres de la creacion, pues si no se bastan en seguida se bastan pronto, mucho más pronto que el niño, para vivir independientes, no podemos considerar á éste solo, sino bajo los cuidados de sus padres y en especial de la madre, á la cual estuvo ántes unido en el vientre y por la sangre, y lo está hoy en el pecho y por otra corriente más pura si cabe, pues parece filtrarse á través del corazon (1).

Es, pues, ley de la naturaleza que la madre cuide al niño, y que lo cuide sano y enfermo; sano, para conservarle la salud; enfermo, para devolvérsela. Pero, para cuidarlo, es preciso que quiera hacerlo, y esto, que parece lo más natural del mundo, y lo es, no obstante no siempre sucede así. Esas leyes las cumplen todos los séres creados; el hombre, el único que está en disposicion de conocerlas y el único que tiene nocion de su elevadísimo orígen, es tambien el único que á veces las elude. Esto pasa en nuestros dias en el caso en cuestion, y su frecuencia marca el nivel y el sentido de la educacion de la mujer.

Afortunadamente no es esto lo que más comunmente acontece, sino que la infinita mayoría de las madres quieren cuidar á sus hijos, y en realidad los cuidan; lo que hay es que no saben hacerlo.

Tenemos, pues, que la generalidad de las madres no saben ser madres. Á los que, por la naturaleza de nuestra profesion, hemos de tener constantemente á la vista ese mal social y lo consideramos colocado en medio de la floreciente civilizacion de nuestros tiempos, nos parece una horrenda monstruosidad. ¡La mujer, la madre de todas las generaciones habidas desde que el hombre pisa la tierra, todavía no saber ser madre! Si la civilizacion es, en todo ó en parte, resultado del desarrollo y perfeccionamiento de la inteligencia humana, ese desarrollo ha flaqueado por un punto trascendentalísimo: la memoria no se acordó como debiera de la mujer.

No obstante, filósofos y médicos, y cuantos estudian al hombre en sus diferentes fases, reconocen la grandísima influencia de la madre sobre el porvenir del hijo; pero nadie cuida de que haya buenas madres. En donde hay enseñanzas de adorno no se enseña á cuidar hijos. Si la mujer ha de ser en la casa un simple adorno, estamos conformes; si ha de ser lo que Dios manda, hemos de reconocer que la educacion de la mujer ha sido siempre defectuosa, y que el sentido que hoy lleva tampoco satisface.

Eso sí, tendemos á resolver el problema de la llamada emancipacion de la mujer ó sea la destruccion de la familia por su base, idea que tiene muchos defensores y más adeptos, y hasta parece que la mujer empieza á oir sin espanto á esos amigos de su pretendida libertad y soñada independencia. Si acaba por creerlos, entienda que renuncia á sus mayores y más puros goces y á una gran parte de la consideracion que se merece. Sin la mujer, la casa pierde su atractivo; una familia voluntariamente disgregada será una acumulacion de personas unidas tan sólo por el nombre, no por iguales afecciones é idénticos sentimientos, no por esa armónica uniformidad que da carácter propio á cada casa, establece en su interior el órden y crea el mútuo bienestar... Pero dejemos ya ese punto, que nos llevaria demasiado léjos de nuestro fin primordial.

Decíamos que la generalidad de las madres no saben serlo, y esta verdad de los hechos es un error de las costumbres, cuyo remedio urge procurar. Una madre considera generalmente cumplir con su deber esclavizándose por prodigar cuidados á sus hijos, sacrificando hasta sus más apremiantes necesidades, quizá poniendo en peligro su salud y hasta su vida: madres excesivamente buenas, santas madres pudiéramos llamarlas, ya que sacrifican su propia existencia por el infinito amor que sienten por el hijo de su alma, y, no obstante, aparte del aprecio que se merecen por su virtud, no siempre pudieran llamarse buenas madres, porque la infinita mayoría de veces sus cuidados son excesivos por innecesarios, de dudosa utilidad por inoportunos, tal vez perniciosos por erróneos. La que supiese aquilatar su valor y practicarlos en su justo medio, indudablemente seria, bajo nuestro punto de vista, la mejor de las madres. ¿Y cuál no aspira á serlo? Más exacto, ¿hay alguna que no se crea serlo? Y, no obstante, con perdon de todas sea dicho, hay muy pocas que lo sean, no porque no quieran, que casi siempre quieren, ni porque no puedan, que todas pueden; sino porque no saben, que pocas saben. Es que las madres en general no tienen nocion alguna de los principios más elementales de la *Educacion física y moral del niño*, ciencia que todas debieran cultivar. Es que no conocen las reglas más fundamentales del *Arte de criar á los niños*, que todas debieran practicar.

Estos son los hechos; sus consecuencias son las más funestas, primero para la salud y luego para la vida.

Con la ignorancia vá siempre la preocupacion, que es madre del error; y así, al paso que frecuentemente las madres se horrorizan ante los sabios consejos de la ilustracion y de la experiencia, no de un hombre ni de un dia, sino de todos los sabios y de todos los siglos, se las ve aceptar para su uso absurdas y perniciosas prácticas, cuyas consecuencias seguramente deplorarian, si conociesen que son tales los defectos que en la organizacion y desarrollo de sus hijos se notan, y lo llorarian amargamente, si supiesen que quizá aquellos errores fueron causa más ó ménos próxima de la pérdida de alguno de ellos. *¡Cuántas, con la mayor buena fe de que es capaz*

(1) No se tome esta idea en sentido literal, porque seria un gravísimo error: el corazon anatómico no interviene de un modo directo en la formacion de la leche. Es, sí, un hecho la satisfactoria sensacion percibida por la madre miéntras el niño mama, y que la induce á acariciarle y hasta á besarle.

© Biblioteca Nacional de España

LOS MENDIGOS.

CUADRO DE FRANCISCO PACZKA.

(Véase la página 319).

© Biblioteca Nacional de España

el más bello corazon de madre, precipitan y hasta son causa inconsciente de la muerte de su hijo! Subrayamos estas palabras, porque, siendo ésta una fórmula sintética de las consecuencias de la ignorancia de las madres, quisiéramos que todas la recordaran constantemente, y en su virtud procurasen salir de ese caos de confusion que, engendrando, en los momentos más críticos del sentimiento humano (1), todo género de dudas y vacilaciones, tortura los sentidos, martiriza la conciencia y desgarra el corazon. Tengan presente que el niño es el padre del hombre, como dijo un sabio, y tenia razon: como crezca el niño, será el hombre. Llamemos, pues, á la infancia la edad crítica del hombre, ya que en ella se hace: en lo físico, vigoroso ó enclenque, sano ó enfermo: en lo moral, bueno ó malo, razonable ó caprichoso...

Ahora bien, véase con esto si es extenso y si puede hacerse fecundo el campo de accion de la madre. La buena semilla está en el libro de la *Educacion física y moral del niño;* adquiéranla todas, que son los principios de esta ciencia, las reglas de este arte, y el fruto será el mejor bálsamo para las heridas más profundas del corazon, y el cordial más eficaz para la fiscalizante conciencia. En último resultado diríamos que por ese camino se puede llegar al perfeccionamiento del hombre por la mujer. Este es el camino del perfeccionamiento de la mujer; así es como ha de volver por su dignidad, á veces ultrajada por los mismos fautores de su imperfeccion. Esta es la esfera de accion en donde ha de encontrar su verdadera independencia hasta lo humanamente posible. —La naturaleza lo dice elocuentemente; Dios lo manda, la sana razon así lo dicta, y una verdad que se funda en tales bases no necesita otra demostracion: la madre debe cuidar á sus hijos; la madre debe saber cuidar á sus hijos.—Primer consejo: *que las madres aprendan á cuidar á sus hijos.*

J. Corominas y Sabater.

(Continuará).

UN COMBATE DESIGUAL.

(Véase el grabado de la página 313).

El amor á la caza era una verdadera pasion para mi amigo Z*. Dotado de grandes fuerzas físicas, con una salud inquebrantable y en posesion de una considerable fortuna, desde muy jóven pudo dar libre vado á su predilecta aficion. Sin que ningun lazo le sujetara, ni deber alguno le obligara á permanecer en un lugar determinado, ya en edad temprana, despues de haber enriquecido su espíritu con todos aquellos conocimientos que constituyen una persona ilustrada, y muy particularmente con aquellos que más relacion tenian con sus naturales inclinaciones, se distinguió entre los más renombrados cazadores de su país. Pronto, siéndole harto limitada la escena que éste le ofrecia, aspiró á otra mayor, ya para dedicarse á sus elevadas miras, como para alcanzar, en lo posible, su bello ideal. Porque es de advertir, que mi excelente amigo no era un cazador vulgar, cazador como muchos por el simple gusto de dar muerte ó aprisionar á los animales silvestres, cualquiera que sea su clase, y sobre todo á los más débiles y que ménos resistencia ofrecen. A Z* le agradaban la lucha y el peligro, el combate y la gloria de triunfar de adversarios poderosos en valor y osadía, en armas y en esfuerzo. Á este noble deseo, añadia el de conocer sus hábitos, sus moradas, sus instintos, las luchas entre sus rivales y enemigos, y reunir en el diario de sus extensos viajes, algunos datos interesantes para ir enriqueciendo el tesoro cada vez más cuantioso de la Historia natural.

Por lo dicho se comprenderá fácilmente que Europa no bastaria á satisfacer debidamente su vivo anhelo de nuevos descubrimientos y más vivas emociones, y de entre otras regiones en que tenia puesta la vista, era el África la que más merecia sus simpatías. Llegó un dia, pues, que pudo satisfacer sus deseos, y provisto física y moralmente, por decirlo así, de cuanto era necesario á su objeto, se lanzó á la tierra africana, desembarcando en Zanzíbar, acompañado tan sólo de dos fieles é inteligentes servidores. Por largo tiempo, sin tropiezo notable, permaneció en aquel rico suelo que más tarde han recorrido los denodados viajeros Livingstone y Stanley, dando á la historia geográfica de aquella parte del mundo poco conocida, interesantes datos que pudo suministrar sobre su fauna nuestro amigo si motivos varios que no es del caso referir, no le hubiesen impedido poner en órden y regularizar las numerosas notas de sus múltiples excursiones. El intrépido cazador ya no existe; pero nunca se borrará de nosotros su memoria. Poseemos, afortunadamente, algunos apuntes, debidos á su amistad, de los que extractamos las siguientes líneas que explican el bellísimo cuadro que ofrecemos á nuestros lectores, con el título de *Un combate desigual*, debido al inteligente lápiz del reputado dibujante aleman F. Specht.

«... Aquel dia iba acompañado de un animoso cazador indígena; nuestro propósito era dar caza á algun leopardo, cuya existencia presumíamos en la region ecuatorial en que nos hallábamos, siendo estos felinos muy codiciados tanto por sus bellísimos colores como por la suma finura de su pelaje. Por mucho tiempo recorrimos aquellos desiertos sitios, pero todo fué en vano; ó las fieras habian desaparecido ó huian, advertidas por su exquisito olfato, de nuestra presencia. Al llegar la noche, y ántes de entregarnos al descanso, quiso indemnizarme mi compañero de mis esperanzas frustradas, refiriéndome una escena terrible, análoga á la que apetecíamos y de la que él habia sido inmóvil espectador.

«Cazaba solo, díjome, siguiendo desde mucho tiempo, las huellas de unos antílopes y la corriente de un arroyuelo, oculto en enmarañada selva, rodeado de lozana vegetacion, que cubria enteramente mi cuerpo facilitándome el modo de ver sin ser visto, cuando de repente un sordo rumor llegó á mis oidos sin que pudiera comprender en un principio lo que lo motivaba. Fuí acercándome rápida pero cautelosamente hasta el lugar donde se oia, y ántes de llegar, el conocido maullido ó más bien rugido de un leopardo irritado, no me dejó ninguna duda de quién era uno de los actores de aquella escena hasta entónces invisible para mí. Adelanté más y más, arrastrándome por el suelo como una culebra, pudiendo llegar sin ser visto ni percibido, pues la corriente del aire me era favorable, hasta muy cerca del teatro del sangriento combate que se libraba entre un antílope y un leopardo. Aquel, acompañado de su hembra, habíase detenido sin duda á beber en el arroyo, en dicho lugar descubierto, y acechándole desde la espesura del bosque, el segundo se le habia arrojado encima para despedazarle con sus garras y devorarlo en seguida; pero el antílope, en momento tan solemne de su existencia, dando un hábil giro á sus robustos y agudos cuernos, habia logrado atravesar y derribar á su astuto enemigo. Desgraciadamente para aquel, el felino no iba solo: un compañero, no ménos hambriento y feroz, á los rugidos del acometedor herido mortalmente, acudió anhelante de sangre y lanzóse á su vez sobre el antílope desde una

(1) Entendemos por tal el de enfermedad de un hijo.

© Biblioteca Nacional de España

gran altura. Un momento dudé sobre lo que debia hacer; pero desde luego comprendí que así como por lo desigual seria funesto el combate entre el rumiante y el gato, con más probabilidad habia de serlo entre éste y el hombre, considerando que el leopardo herido podia levantarse otra vez ó acudir nuevas fieras. Como la hembra del antílope, opté por una rápida fuga, y miéntras la bestia carnicera se cebaba en los ijares del rumiante, me puse velozmente en salvo. No olvidé el sitio en que habia tenido lugar la lucha y al dia siguiente, acompañado de otros cazadores, pude recoger los restos no devorados del antílope, cuyas astas conservo y os mostraré (1), y la riquísima piel del leopardo que vendí á buen precio á pesar del ancho agujero que en ella abrió la afilada asta del antílope que le dió muerte.»—S.

VENEZUELA.

MERCADO EN LA PLAZA MAYOR DE MÉRIDA.

(Véase el grabado de las páginas 308 y 309).

Entre los veinte y un Estados en que está dividida la república de Venezuela, distínguense por su carácter montuoso los situados al Sureste, tales como Mérida (hoy dia Estado Guzman), Trujillo y Táchira. Una ramificacion de las cordilleras de la república de Colombia se extiende por el Noreste, atravesando estos tres Estados y llegando hasta Puerto Cabello, costa septentrional de Venezuela, desde donde, pasando de Oeste á Este hasta Punta Paria, forma la cordillera de la costa. Los más altos picos de dicha cordillera están en Mérida, entre Trujillo y Táchira; la más empinada cresta de la Sierra Nevada de Mérida, tiene, segun Codazi, 4580 metros. Gracias á la calidad del suelo y á su posicion entre los trópicos, en Mérida adquieren gran desarrollo las abundantes riquezas naturales que encierra aquella comarca. Una carretera une este Estado con los dos colindantes, habiendo los indígenas dado á los tres el nombre general de Cordillera. Esta carretera atraviesa ricos valles, bosques sombríos, angostos y peligrosos senderos sobre las escarpadas y desiertas cumbres de los Páramos, donde brama á menudo el fiero aquilon y hay tempestades de agua, granizo y nieve. En el país que nos ocupa á cada momento se ofrecen al viajero nuevas perspectivas. En los hondos y cálidos valles, regados por riachuelos, crece la más lozana vegetacion: al lado de los frutos tropicales resplandecen los maizales; en las faldas de aquellos montes gigantescos hay sembradas la cebada y la patata, que recuerdan al europeo los patrios campos. Allí todo es contraste; la belleza del cultivo y el aspecto imponente de las montañas.

Gracias á esta exhuberancia de vegetacion, los mercados de la Cordillera están surtidos de toda clase de productos agrícolas. En muchas de aquellas lejanas poblaciones, que hablan nuestro idioma, conservan nuestros usos y costumbres, casi todas nuestras leyes, y que por lo tanto están con nosotros ligadas por los vínculos de la fraternidad, los mercados suelen ser semanales (en esto se nota más el lazo que nos une), y aquel dia se considera como festivo.

El mercado pone en comunicacion á los campesinos con los habitantes de los grandes centros de poblacion, diversificando la monotonía de las costumbres.

Casi todos los hijos de la montaña son criollos descendientes de los españoles, ó mulatos; ya escasea allí el verdadero tipo indio, así como los negros, pues éstos prefieren el clima más cálido de la costa.

En las poblaciones más importantes abundan los comerciantes españoles, italianos y franceses, no faltando algun aleman.

En los dias de mercado, desde la madrugada reina grande animacion en los caminos que conducen á las ciudades y villas; mulos, burros y bueyes cargados con los productos del campo, guiados por individuos de ambos sexos, recorren las vias practicables; y aun ántes de que amanezca óyense las tiernas canciones de los aldeanos, con acompañamiento de guitarra, canciones y música que recuerdan á todo español los patrios lares.

El grabado de las páginas 308 y 309 representa un dia de mercado en la plaza Mayor de Mérida. Nuestra composicion puede servir de tipo para todas las poblaciones de la Cordillera, idénticas ó poco ménos. La iglesia parroquial en un ángulo de la plaza, al otro lado la casa del gobernador, siendo los demás edificios propiedad de comerciantes acaudalados.

Bajo muchos conceptos es Mérida, que cuenta 9727 habitantes, la más privilegiada é importante ciudad de las tres provincias mencionadas. Asentada en magnífica meseta, cuyas laderas descienden hasta el valle de Chamat, y rodeada por las más elevadas montañas del país, ostenta al Sur la majestuosa Sierra Nevada, cubierta de nieve.

La elevacion de Mérida sobre el nivel del mar es de 1649 metros, gozando sus habitantes de una perenne primavera.

Éstos, como todos los de Venezuela, tienen por distintivo la hospitalidad. Así pues, el extranjero que allí se presenta puede estar seguro de recibir buena acogida.—B.

(1) Este antílope es el que por razon de la forma de sus astas y por el nombre que le dan los naturales del país, denominan algunos naturalistas *Strepsíceros Kudu*.

LOS MENDIGOS.

CUADRO DE FRANCISCO PACZKA.

(Véase el grabado de las páginas 316 y 317).

Á los que se quejan de que nuestro siglo es enemigo de las Bellas Artes, achacando á ignorancia del público el atraso que en nuestros dias se nota en el divino arte de Rafael y Miguel Ángel, podemos presentar en el pintor Francisco Paczka un ejemplo de que hoy tambien el verdadero genio puede abrirse camino, siempre que vayan aunadas en él la firmeza de voluntad y la perseverancia.

De lo que ménos púede quejarse Paczka es de la ignorancia del público. Sin duda que este artista posee las cualidades que más dominio ejercen sobre la generalidad de las gentes: brillante colorido y forma enérgica y verdadera. Con la imaginacion propia de la juventud y una profunda ciencia de la parte técnica, sabe deslumbrar al espectador. Paczka es un pintor originalísimo: no ha copiado ni imitado á nadie; su modelo es la naturaleza misma. Cuéntase en el número de los pocos que aprenden sin trabajo lo que á otros cuesta muchas vigilias.

No hace mucho que vive en Paris nuestro pintor. Hijo de Hungría, y dedicado su padre á la carrera de la medicina, desde niño mostró raras disposiciones para la pintura, enviándosele á Munich con objeto de desarrollarlas. Apénas contaba diez y seis años Paczka, cuando sus obras empezaron á despertar la atencion de los inteligentes. El gobierno húngaro le otorgó una distincion,

© Biblioteca Nacional de España

más valiosa de lo que él se imaginara, y el cardenal arzobispo de Gran, aficionadísimo á las bellas artes, quedó tan prendado de un retrato hecho por el jóven pintor, que lo llamó á su lado para que ejecutara una série de ellos. Terminados sus estudios, Paczka salió de Munich y pasó un año en Gran para satisfacer los deseos del prelado, quien le dió pruebas de paternal cariño. Encontrando demasiado estrecho para sus aspiraciones aquel círculo, pensó en Paris, y sin titubear abandonó á su protector corriendo en pos de lo desconocido.

Paczka llegó á la capital de Francia sin relaciones de ninguna clase, pero con el corazon henchido de esperanza y confiado en su estrella y en su propio talento. Inspirándole gran simpatía las obras de Zichy, acudió á éste ántes que á nadie, cabiéndole la satisfaccion de ser recibido benevolentemente por aquel maestro. Dos dias despues encontrábase instalado en el estudio de Zichy, donde trabajó algunos meses, y cuando, soñando en un porvenir mejor, abandonó á su nuevo protector, éste le ayudó en cuanto pudo: Paczka se hizo digno de semejante proteccion. Dueño ya de su voluntad, el primer trabajo en que se ocupó, fué el cuadro titutado *Los mendigos*, cuyos personajes son de tamaño natural y de raza húngara, obra que, apénas terminada, comprósela un inglés dedicado á la venta de objetos artísticos. Este cuadro representa á algunos mendigos pidiendo limosna á la puerta de una iglesia: el grupo que ofrecemos en las páginas 316 y 317 de EL MUNDO ILUSTRADO pertenece á dicha composicion. Todas son figuras tomadas del natural.

Á pesar de algunos lunares que empañan el brillo de esta obra pictórica, como trabajo de un artista de veinte años pocas le igualan, y añadiremos, para terminar, que en cada nueva composicion de Paczka se nota un progreso real, progreso que ha de llevarle, no lo dudamos, hasta las cimas del Arte, donde le está reservado un puesto envidiable.—Z.

EL MATRIMONIO.

¡Bendito sea el hogar
donde de virtud ejemplo,
tiene la familia un templo,
tiene el amor un altar!
Donde el hombre y la mujer,
unidos con lazo fuerte
confunden hasta la muerte
su voluntad y su sér.
Sagrada esta union se llama,
y son, en su dicha inmensa,
él, la cabeza que piensa,
ella, el corazon que ama.
Si cedro arrogante es él
que alza su copa hasta el cielo
y abrigo y sombra da al suelo
bajo su verde dosel;
avarienta por demás
humilde hiedra es la esposa
que el tronco ciñe amorosa
para resguardarle más.
¿Y quién con vil intencion,
quién como traidor aleve
á sangre fria se atreve
á romper tan santa union,
y asalta el tranquilo hogar,
y á sí mismo se deshonra?
¡Poco estimará su honra
quien vá la ajena á robar!!...

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTÉBAN.

Madrid, 1879.

A LA CRIOLLA.

CANTO.

Ondinas perfumadas por hálitos fragantes,
Do música y suspiros os mecen á compás,
Divinas mariposas que revolais errantes
En busca de una esencia que no encontrais jamás.

Yo sé el misterio oculto que agita vuestras almas,
Yo sé la luz recóndita que alumbra vuestra fé:
Conozco vuestros sueños debajo de las palmas,
Y sé que llorais solas y no sabeis por qué.

El alma dice á voces á la mujer que siente
Que debe existir algo que sácie el corazon,
Y como sabeis todas que el alma nunca miente
Soñais quien os inspire raudales de pasion.

Por eso acobardadas, de amor en las palestras,
Os hielan los que tibios no saben dominar;
Sus almas son pequeñas para absorber las vuestras
Como la tierra es chica para absorber el mar.

Por eso os da fatiga la libertad inquieta
Y esclavas del cariño obedeceis mejor,
Como obedece el potro al puño del atleta
Así que le domina más genio y más valor.

Por eso eternamente os bulle en la memoria
El canto y la tizona del trovador gentil,
Y os alucina el sueño de libertad y gloria
Que acrece los quilates del alma varonil.

Por eso os halla frias la prosa que os rodea
Buscando al caballero que no encontrais jamás,
Por eso vuestro espíritu hidrópico desea
Otra alma y otro espíritu que valgan mucho más.

Por eso vuestras horas discurren una á una
Sin empujar su curso un huracan de amor;
Por eso al triste rayo de la argentada luna
Os sobra el sentimiento y os falta el trovador.

Si en vuestros negros ojos, en que el amor incuba,
Algun corazon jóven acaso se inflamó
Bebiendo en sus pupilas la libertad de Cuba,
No puedo tener odio al ciego que cayó.

Yo sé que ante vosotras la resistencia es vana;
El jóven sigue dócil al adorado bien.
¿Qué corazon de temple resiste á la manzana
Si amante se la brinda la Eva del Eden?

Mas al dictar tus leyes al que á tu amor se inmola,
Y al empujarle ciega á la sangrienta lid,
Cuando negar intentas tu sangre de española
Eres aun Jimena que sueñas en el Cid.

Cuando tu encanto encierras en soledad temprana,
Oyendo allá á lo léjos la tempestad zumbar,
Tambien eres entónces la altiva castellana
Que está guardando austera la honra de su hogar:

Y cuando un potentado excita tus enojos,
Creyendo que por oro le venderás un *sí*,
Entónces más que nunca ostentas á mis ojos
La rica sangre goda que se subleva en tí.

Te encuentro en la indolencia de vuestra tierra cálida
Más fresca que las blancas espumas de la mar,
Dormida en una concha como gentil crisálida
Las alas esperando para poder volar.

En ella avara escondes tesoros de cariño,
Y en el cristal del agua conservas seductor
Tu cútis nacarado, tu mano y pié de niño,
Que son, en vez de miembros, juguetes del amor.

Por eso me fascina tu espléndida belleza,
Porque la gracia humana en tí se refugió;
Mas tu hermosura angélica, tu natural nobleza
No te las dió la América, mi España te las dió.

FRANCISCO CAMPRODON.

Habana.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España